



**¿Quiénes somos y cómo nos relacionamos?:  
Facilitadores de grupos de hombres trabajando con  
historias de violencia.**

Tesis profesional que para obtener el grado de  
Maestro en Psicoterapia

Presenta:

Psic. Sergio Andrés Moreno Cabrera

Mérida, Yucatán, diciembre de 2010

Derechos reservados © por  
Sergio Andrés Moreno Cabrera  
2010

Por este medio declaro que esta Tesis es mi propio trabajo, con excepción de las citas en la que he dado crédito a sus autores; así mismo, afirmo que este trabajo no ha sido presentado previamente para obtención de algún otro título profesional o equivalente.

Sergio Andrés Moreno Cabrera

## INDICE

<b>Índice</b> .....	2
<b>Resumen</b> .....	4
<b>Agradecimientos</b> .....	5
<b>CAPÍTULO I</b>	
Introducción	
<b>¿Cómo llegué a este punto?</b> .....	6
La primera invitación: a mí mismo .....	7
Una segunda invitación: ¿qué piensan los hombres sobre la violencia? .....	9
Tercera invitación: lo que callamos los hombres .....	12
Cuarta invitación: vinculación con instancias del Gobierno .....	16
La invitación más reciente: relaciones que transforman y crean .....	18
Descripción del documento .....	20
<b>CAPÍTULO II</b>	
Metodología	
<b>Co-construyendo significados y conocimientos</b> .....	21
Investigación cualitativa y posmodernidad .....	21
Método de colecta de información y procedimiento .....	24
Co-investigadores: sujetos participantes de la investigación .....	26
El investigador .....	27
Objetivo de la investigación .....	28
<b>CAPÍTULO III</b>	
Significados sobre el papel y rol de facilitación con hombres	
<b>Reto, oportunidad y cansancio</b> .....	29
¿Qué piensan que significa “ser facilitador”, a partir de lo que ellos consideran más relevante e importante de esa práctica? .....	30
Lo que les significa “ser facilitador” en términos de lo que han sentido y experimentado personalmente desde el rol de facilitador .....	42

## **CAPÍTULO IV**

El trabajo personal como herramienta profesional

<b>Mi principal herramienta soy yo</b> .....	49
¿Un perfil de facilitador? .....	50
El valor del trabajo personal .....	55

## **CAPÍTULO V**

Construcción de relaciones entre facilitadores y usuarios

<b>Redefinir mi posición como facilitador</b> .....	64
¿Qué sabemos de la vida de los otros? .....	64
¿Con quiénes decimos que nos estamos relacionando? .....	70
Relaciones cercanas, relaciones transformadoras .....	85

## **CAPÍTULO VI**

A modo de conclusiones

<b>Quiero ver personas</b> .....	96
----------------------------------	----

<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</b> .....	104
-----------------------------------------	-----

## RESUMEN

### **“¿Quiénes somos y cómo nos relacionamos?: Facilitadores de grupos de hombres trabajando con historias de violencia**

por

**Sergio Andrés Moreno Cabrera**

La presente investigación da continuidad a un proceso más amplio que he seguido a lo largo de cinco años, mismo que inició con mi proyecto de Tesis de Licenciatura, y ha seguido con otras investigaciones relacionadas a la atención y prevención de la violencia, específicamente, trabajando con hombres.

El documento rescata los significados que se han ido construyendo desde la experiencia de tres facilitadores varones, que trabajan con grupos de hombres que ejercen violencia, en relación a qué valoran y cómo definen el papel de un facilitador de este tipo de grupos. Es así que la información generada y analizada, inicia presentando qué sentido ha tenido para ellos desempeñar este papel, a lo cual refieren: un fuerte compromiso, un reto, una oportunidad de generar cambios ante esta fuerte problemática de salud pública; pero también ha significado cansancio, por las horas y condiciones en las que a veces se desarrolla esta función.

De igual modo, la información continúa en relación con cuál es o debería de ser el perfil de las personas que facilitan estos procesos. Lo interesante es el diálogo que se establece entre lo que plantean algunos lineamientos sobre el trabajo con hombres, y la propia voz y experiencia de los entrevistados. Si bien es necesario definir algunos parámetros, tal parece que en la experiencia, más que conocimientos, se trata de actitudes, de compromiso y de apertura, especialmente consigo mismo, ya que subrayan el valor y la necesidad de un continuo trabajo personal de revisión y reflexión sobre la propia masculinidad y formas de relación.

Por último, se exploran las experiencias relacionales que los facilitadores han construido con los usuarios. En este trabajo, la apuesta fue precisamente dar a conocer estas relaciones, y compartir el valor que ha tenido el carácter subjetivo de las mismas, para la consecución de los logros de este tipo de atención.

Trabajar con hombres es un campo en el que cada vez son más los pasos que se van dando. En este sentido, la presente investigación quiso explorar la voz y mirada de quienes dan el servicio de atención; de quienes trabajan tratando de atenuar los efectos del “sistema hegemónico patriarcal” en la experiencia cotidiana de esos hombres-usuarios. Es la voz y las relaciones de facilitadores que han elegido ver personas, y no sólo un perfil social de abuso de poder.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco y reconozco profundamente a los participantes y co-investigadores de este proceso: Rodrigo Cueva G.Cantón, Jorge F. Gómez Pech y Rodrigo A. May López, por su apoyo, acompañamiento, ideas, experiencias, sentimientos y esperanzas. Fueron y han sido grandes compañeros y amigos en este andar.

A mi familia, fuente de aprendizajes, retos, reflexiones, pero sobretodo de cobijos diarios. Gracias por siempre estar aquí y allá, lejos o cerca; gracias por acompañarme siempre en lo que hago, sepan o no sepan que es. Gracias por ser esta, mi familia. Mejor... ¡imposible!

A cada uno de mis amigos y amigas; de esos/as que me han acompañado, es decir, estado junto a mí, queriéndome, aceptándome, respetándome y celebrando conmigo este tiempo y espacio que nos ha tocado compartir.

Al Instituto Kanankil, por recibirme hace 3 años como estudiante; por cuestionar muchas de mis ideas sobre la vida, sobre las relaciones, sobre la terapia; por enriquecer muchas otras que encontraron eco en esos textos, aulas, voces y más voces; por permitirme participar en proyectos y sueños compartidos.

A Kóokay (Ciencia Social Alternativa, A.C.), por ser la cuna perfecta en la que he podido echar a andar tantos sueños y anhelos profesionales y personales. Por ser algo más que un trabajo: un lugar (físico y espiritual) en el he podido ser, hacer, proponer y crear.

Y al equipo de sinodales que me ha acompañado: Soc. Nancy Walker Olvera, Dra. Maria Luisa Molina López, Mtro. Jaime Goyri Ceballos y Dra. Rocío Chaveste Gutiérrez. Andar estos caminos, de la forma como lo hago ahora, ha sido más útil y provechoso gracias a sus experiencias y puntuales reflexiones.

**¡GRACIAS!**

## CAPITULO I

### ¿Cómo llegué a este punto?

#### Introducción

Mis historias y vivencias, mi legado y mi presente familiar, mis reflexiones sobre mí mismo, mi espíritu, mis elucubraciones de lo que algunos llaman “sentido de vida”, mis relaciones interpersonales y mis ideas de éstas, así como mis juicios y propias críticas de lo “femenino” y lo “masculino” (desde la forma en que se ha construido en mi contexto histórico, político, económico y social), han contribuido y contribuyen a que, desde hace poco más de 5 años, surjan en mí diversas e incesantes interrogantes, cuestionamientos, incomodidades y mucha curiosidad por conocer y comprender distintos fenómenos y aspectos que tienen en común el hecho social del *ser* y *hacer* de los *hombres*: a) la violencia (doméstica, intrafamiliar-familiar y de género<sup>1</sup>); b) la propia construcción social de la masculinidad<sup>2</sup>; c) la manera en cómo construimos nuestras relaciones hombres y mujeres, hombres y hombres, así como entre los géneros (lo *masculino* y lo *femenino*); d) y ahora está también mi curiosidad sobre la forma en la que estas relaciones *genéricas* (relaciones de poder) traspasan los cuerpos (los sexos) y de qué formas permiten o no, establecer y vivir relaciones de bienestar, justas y plenas en lo cotidiano, y particularmente, en las relaciones terapéuticas, interés en el que versa este trabajo de

---

<sup>1</sup> Conceptos diferentes en su direccionalidad, pero que en los tres casos se tratan de acciones u omisiones, cuya intención es el dominio o control sobre los otros/as, percibidos como inferiores, resultado de construcciones y relaciones desiguales de poder, tanto en el espacio familiar, laboral, institucional, etc. (DIF, 2004; Ruiz, 2002; Dahlberg et al, Organización Panamericana de la Salud, 2004; Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, 2009, en red).

<sup>2</sup> Forma aprobada, construida socialmente de lo que es y hace un hombre, que se retomará en el capítulo 3, 4 y 5; ver conceptualización al final de la página 29 de este documento.

investigación, a partir de mis reflexiones, vivencias e ideas en los dos años de formación en la Maestría en Psicoterapia, en el Instituto Kanankil<sup>3</sup>.

Esta remembranza de lo que ha sido y es este proceso personal y profesional, me permite introducir y comenzar a describir cuál ha sido el camino que he elegido, y que de algún modo, creo que también me ha elegido a mí.

Han sido una serie de preguntas, experiencias, encuentros. Cada una de ellas, las veo hoy como una serie de invitaciones<sup>4</sup>, mismas que a continuación compartiré, tratando de comunicar cómo llego hoy a plantearme en esta investigación las preguntas e intereses que comparto.

### **La primera invitación: a mí mismo.**

Hombres, violencia, construcción de la masculinidad (construcción de mi masculinidad...), construcción de relaciones... palabras y conceptos que me llevaron a mirarme, preguntar, investigar, a compartir. Lo primero que sucedió fue invitarme a mí mismo, por ser un aspecto que me interesaba explorar y del cual quería repensar muchas ideas, desde mi historia y desde la de otros y otras. Quería sumarme a la búsqueda de soluciones y alternativas, sin dejar de lado mi propia experiencia como hombre.

Desde mi adolescencia, comenzaron los cuestionamientos sobre las ideas de lo que me significaba “ser hombre”, y lo que como hombre tendría que hacer, así como con quién y cómo relacionarme. Este aspecto experiencial, ha adquirido un sentido fundamental en mi trabajo, y poco a poco descubro que también lo ha tenido para otras personas (aspecto que retomaré en capítulos siguientes). En esos años, desconocía y no

---

<sup>3</sup> Agosto de 2007 a agosto de 2009, Mérida, Yucatán, México.

<sup>4</sup> Tomado de mi participación en el Congreso Internacional sobre Prácticas dialógicas y colaborativas, con el taller “Invitaciones a conversar con las masculinidades”, convocado por el TAOS Institute, abril de 2010.



usaba muchas de las palabras que uso ahora. Sin embargo, mi memoria emocional, corporal, cognitiva y espiritual, me recuerdan las incomodidades que en ese entonces vivía desde los discursos hegemónicos del *ser hombre...* y de los no tan hegemónicos. Ser diferente a lo que todos son y deben ser, cuesta mucho, cuando se es hombre<sup>5</sup>. Debo decir que muchas cosas me agradaban, como me agradan hasta ahora (me refiero a algunas características asociadas a la construcción y vivencia de la masculinidad), pero rechazaba y cuestionaba aquellas que implicaban: lastimar a otros, competir para demostrar mi fuerza y virilidad, violentar (a modo de peleas) a otras personas, tomar riesgos innecesarios para también demostrar mi hombría, el mandato de la “fuerza emocional” y del no llorar, así como la forma en cómo tenía que comportarme y relacionarme con otros hombres y con las mujeres, insisto, para que mi masculinidad se mantuviera íntegra y avante.

Es por esto que conversar con el *género*, la *masculinidad*, la *equidad*, es y ha sido uno de los medios más importantes desde el cual he accedido a nuevas experiencias y realidades, complementando y enriqueciendo mis preguntas y mi vida en este sentido.

Esta fue la primera invitación a conversar. Y en el camino, uno de los aprendizajes que mayor valor han tenido en mi vida (personal y profesional) fue la palabra *conversación y diálogo*<sup>6</sup>, a partir del encuentro con el otro/a, a través del diálogo, de decir y escuchar con respeto, incluyendo cuantas ideas sean posibles, para de esta forma tener una mirada más abarcadora y amplia, y así decidir lo más adecuado y útil para mí.

---

<sup>5</sup> Guttman (1997, en red) habla de elementos que configuran la masculinidad, entre los cuales destaca lo que los hombres hacemos, no sólo por el hecho de “ser hombres”, sino para demostrar que realmente lo somos. Es desde aquí, además de diferentes situaciones de nuestro contexto (político, económicos, social), que se habla de la *crisis* de la masculinidad (Corsino, Gomensoro, Güida, y Lutz, 1998, entre otros/as).

<sup>6</sup> Las cuales tomaron mayor vida y sentido, a partir de mis estudios de maestría en el Instituto Kanankil de Mérida.

## **Una segunda invitación: ¿qué piensan los hombres sobre la violencia?**

¿Por qué los hombres son/somos violentos? Fue de las primeras preguntas que me hice. Accedí a textos e investigaciones que hablaban y rescataban las experiencias y las voces de muchas mujeres que habían sido víctimas de violencia, así como sus esperanzas y luchas por ejercer sus derechos a decidir y a vivir una vida libre de violencia. Y entonces mi pregunta fue ¿y qué dicen y decimos los hombres de todo esto? ¿Qué pensamos sobre la violencia? ¿Qué cosas creemos sobre la violencia hacia las mujeres?

Fue así como traté de invitar por primera vez a varios hombres a platicar conmigo sobre lo que pensaban de la violencia<sup>7</sup>. Y sucedió algo interesante: las primeras veces, mi invitación no fue bien recibida, pues en realidad fue todo menos una invitación a conversar. Mi forma de preguntar, quizá ingenua o demasiado basada en mis ideas de cómo investigar, me hicieron preguntar de manera directa si ejercían o habían ejercido violencia contra su esposa alguna vez. Pocos contestaban. Nadie al instante. Otros sólo seguían su camino. Al inicio mi postura no fue precisamente la de una invitación, sino una señalización y, de algún modo, un juicio. Si bien creo que es igual de importante conocer qué piensan los hombres que ejercen violencia sobre la misma, la forma en la que yo estaba accediendo a esta información no era la adecuada como para poder generar una conversación, con las personas con las que quería generar esta conversación. En ese momento, mi compañera de tesis y yo, decidimos que lo que queríamos saber era su opinión, lo que pensaba cualquier hombre sobre el tema.

Una vez claro en esto, se dieron las verdaderas invitaciones: los siete varones (entrevistas no estructuradas, a profundidad, individuales) accedieron a platicar, y fueron

---

<sup>7</sup> Trabajo de tesis para obtener el grado de Lic. en psicología, con la investigación “Significados de hombres yucatecos sobre violencia intrafamiliar”, sustentada en mayo de 2006, junto con Psic. Claudia Vega González (Universidad Marista de Mérida).

charlas muy ricas y provechosas. Sus respuestas a nuestra pregunta (*¿qué significa para ti la violencia?*) incluyeron explicaciones desde las causas, tipología, consecuencias, así como su dinámica. La mayoría de estos hombres habló de la violencia que sus padres ejercieron contra ellos, y/o de las dificultades que tenían con sus madres (chantajes emocionales, agresiones físicas y verbales, distancia). Todos hablaron de haber ejercido violencia contra sus parejas mujeres alguna vez, pero que en el presente eso ya no pasaba.

Retomo dos aspectos particulares a partir de estas primeras conversaciones con hombres: 1) el dolor que sentían (algunos todavía coraje), por haber sido víctimas de violencia en su infancia, sobre todo por parte del papá, además de la dificultad de expresar ese dolor y sentimientos, pues se les había enseñado a aguantarse y a no mostrarse débiles, reforzado esto por la distancia emocional con sus padres; y 2) el sentimiento de arrepentimiento y/o vergüenza experimentados cuando ejercieron violencia en contra de sus esposas o pareja mujer, mismo que se agudizaba cuando sus hijos/as eran testigos del episodio. Hablo del arrepentimiento, no como un justificante a la violencia ejercida o a los abusos vividos, sino como un elemento presente y constante en las narraciones de los hombres. Todavía son muy comunes las ideas de que los hombres que violentan “no se arrepienten”, “no sienten nada” ó “hasta lo disfrutaban”. En aquel momento (como ahora) tenía muy claro que no podía hablar de este arrepentimiento, minimizando el acto de violencia. Pero tampoco lo podía (ni lo quería) invisibilizar. Este reconocimiento me posicionaba de una forma diferente frente al agresor. Me hizo comprender y permitirme escuchar un pedazo de algo que por lo general está oculto: los sentimientos y emociones, mismo que de otra manera o con otra postura, difícilmente accedería a ello.

Fue en ese momento que conocí la idea del “*padecer masculino*”, es decir, que la mayoría de los hombres que han ejercido violencia en contra de sus parejas, la padecieron a manos de sus padres en su infancia, sea a través de la fuerza física y/o el abandono material y afectivo; al mismo tiempo y como consecuencia de lo anterior, sufrían golpes, violencia psicológica, indiferencia y/o la omisión de afectividad, amenazas y manipulación emocional por parte de las madres (Martha Ramírez, 2002). Esto me permitió entender: a) desde dónde definían y generaban sus ideas sobre la violencia; b) parte de la calidad y contexto en el que se daban sus relaciones actuales con la pareja y la familia; c) así como algunos miedos, ansiedades, inseguridades y la falta de expresividad emocional en ellos.

En una de las conclusiones de la investigación, mi compañera y yo señalamos que nos dimos cuenta de lo necesario que fue explorar estos temas con una actitud abierta, sin prejuicios ni etiquetas de las personas involucradas en el fenómeno. Fue importante mirar de esta forma (abierta y respetuosa) a los participantes de la investigación, pues nos permitió conocer discursos y realidades sobre sí mismos y sobre la violencia, que aun no conocíamos, o que no habíamos escuchado antes; voces diferentes y que al mismo tiempo complementaban lo que comúnmente se dice sobre los hombres que ejercen algún tipo de violencia (Moreno y Vega, 2006, sin publicar).

Escuchar con atención, respeto, apertura: fueron aspectos constantes en la investigación. Cuando compartimos estos resultados con otras personas, conocedoras del tema, la respuesta inmediata fue preocupación. Existía (y aun existe, en mi contexto) el temor de que al “comprender” a los hombres, particularmente a aquellos que ejercen violencia, se justificase y mantuviese la violencia en contra de las mujeres, lo cual no ha sido nunca mi interés ni intención. Sin embargo, necesitaba considerar estas experiencias

y de esta forma tener una lectura más amplia del fenómeno, y que seguramente aportaría nuevas ideas. Autores como Michael Flood, Michael Kauffman y Augusta-Scott<sup>8</sup>, hablan sobre la necesidad de “invertir en los hombres” y comparten algunas ideas para generar espacios dialógicos con ellos.

En este sentido, los resultados y reflexiones de esta investigación me regalaron nuevas preguntas. No estaba completamente convencido sobre el trabajo que se realizaba en Mérida con hombres que ejercen violencia. Más allá de una crítica a las personas encargadas o responsables de estos espacios, mi incomodidad era frente a la postura desde la que se trabajaba con los hombres. Fue así como surgió la necesidad de una siguiente invitación a conversar.

### **Tercera invitación: “lo que callamos los hombres”.**

La tercera invitación la realicé desde mi espacio de trabajo (Ciencia Social Alternativa, A.C., Kóokay). A mediados de 2007 se dio la posibilidad de coincidir con grupos de hombres tanto en espacios rurales como urbanos. De mi parte seguía mi interés de hablar y buscar soluciones frente al fenómeno de la violencia. Sin embargo decidí empezar de otra forma, que no fuera sólo la violencia ya que la experiencia anterior me había enseñado que hablar sólo desde la violencia, resultaba insuficiente o poco atractivo y útil para los hombres, o al menos para la mayoría que invitaba.

El trabajo con dos de los grupos con quienes pude coincidir, fue “muy sencillo”, en el sentido de que la invitación vino en realidad de ellos. Ambos eran grupos de jóvenes interesados en el tema, y de alguna manera, dedicados y comprometidos con la equidad de género, a diferencia de mis experiencias con hombres de zona rural, donde no salieron

---

<sup>8</sup> En los capítulos subsecuentes se retoman algunas aportaciones de estos autores.

al primer llamado. Por lo anterior, las frases que se me ocurrieron para invitarlos fueron: “Sólo para hombres” y “Lo que callamos los hombres”. Esta última, adaptada de un programa de televisión llamado “Lo que callamos las mujeres”<sup>9</sup>. Si bien este programa es comúnmente identificado con historias de víctimas, mi intención al tomar este nombre como punto de referencia, fue invitar a hablar, compartir, reflexionar y aprender sobre cosas que habitualmente nos callamos los hombres, y que son importantes de decir.

*¿Qué callamos los hombres?* Fue una pregunta constante en los talleres y espacios de reflexión. De sus respuestas e ideas comencé a notar que había mucho más allá que sólo la violencia. Estaban otros aspectos, preguntas y cotidaneidades que nos implican importantes retos e incertidumbres como hombres. Fue aquí cuando comenzó mi interés por *conversar sobre y con las masculinidades*. Esto me llevó a pensarme de una forma más amplia, y por ende, a pensar en los hombres, como personas que son más que el victimario, los perpetradores o los agresores: “un hombre no debe ser definido sólo a partir de su agresividad, toda vez que independientemente de que en muchos casos tal pueda ser la pauta de su comportamiento más significativa, y ésta sea adecuada para describirlo en términos jurídicos por el daño ejercido, también es verdad que en la vida cotidiana cualquier persona puede expresar ésa y otras muchas pautas”<sup>10</sup> (Vargas, 2009).

Aun existen hombres que están atrapados en el discurso tradicional del machismo, el control y la represión, sin embargo, cada vez somos más los hombres que pensamos que las relaciones pueden y deben ser de bienestar, plenas y justas, pero que no siempre es fácil o posible encontrar espacios para escuchar, hablar y aprender sobre esto.

---

<sup>9</sup> Programa que presenta la dramatización de las historias y problemáticas que actualmente viven las mujeres en su entorno social (apoyo jurídico, violencia intrafamiliar, discapacidad, trastornos de la salud, etc.).

<sup>10</sup> Propuesta de lineamientos para la atención y reeducación de hombres agresores, a partir del diagnóstico sobre los modelos de intervención en México (2009). INMUJERES: México

Mi trabajo con estos grupos fue desde la impartición de talleres sobre masculinidad y violencia (como parte de lo que aprendemos y asumimos sobre el ser y hacer como hombres) hasta la invitación a espacios de conversación y diálogo: abiertos, horizontales y cuya intención era que todos compartieran y escucharan, sus experiencias cotidianas de nuestro ser y quehacer como hombres.

A partir de estas experiencias, y de una invitación para escribir sobre esto (como parte de un proyecto de compilación de experiencias sobre el trabajo con hombres en Yucatán<sup>11</sup>) comencé a preguntarme nuevas cosas sobre la atención en violencia, y sobre las cosas que se estarían dejando de hacer.

Por un lado, pensaba en el contenido que se discutía en los talleres. Estos contenidos se elegían entre todos, a partir de la pregunta “lo que callamos los hombres”; las respuestas que se repetían siempre eran: sexualidad, manejo de la afectividad y expresión de los sentimientos, control de emociones, manejo del carácter, conocimiento de sí mismo, relaciones con la familia, relación con los hijos y agresividad y violencia, principalmente. Pensando y reflexionando sobre estos “temas”, me preguntaba si esto que callan/callamos los hombres ¿es exclusivo de ellos, de nosotros?”, es decir, ¿sólo nosotros callamos estas cosas? He participado como facilitador en diferentes talleres con diversos grupos de personas, edades, contextos; y constantemente, cuando definimos los temas de interés y de las cosas sobre las que se quiere hablar, aparecen casi siempre los mismos temas (sexualidad, familia, relación con la pareja e hijos, comunicación y relaciones interpersonales). ¿Qué tiene entonces de particular que un grupo de hombres pida hablar de esto? Creo que la pregunta en sí misma da la respuesta. Que estas cosas habitualmente

---

<sup>11</sup> La invitación fue hecha en 2008, y a la fecha no se publica, por lo que tomo parte del mismo para este trabajo.

nos las callamos, dando por obvio que lo que nos toca hacer como hombres, es mantenerlas en el silencio, ocultas. Es más común escuchar que las mujeres, los niños y niñas, e incluso los adolescentes, hablen de estos temas y los conversen, a que escuchemos que un hombre lo haga, o que tenga el espacio adecuado para hacerlo. Al menos, aun no es tan común en mi contexto. Y también reconozco que algunos hombres prefieran mantenerse en silencio, pero como también lo prefieren muchas mujeres, es decir, hay personas que eligen ser más reservados. Mi punto es las cosas que callamos, por pensar que nuestro “género” debe quedárselas calladas, pero que nos gustaría hablarlas más.

Por otro lado, mis preguntas generadas también por estas experiencias fueron: ¿cuál es o sería (entonces) la mejor estrategia para trabajar con los hombres? Pensando en la prevención y atención en violencia ¿Qué otras cosas serían útiles de hacer? ¿Qué otras cosas ayudarían a la promoción de una vida digna, libre de violencia, de relaciones de bienestar, plenas y satisfactorias entre los sexos?

Las nuevas oportunidades que encontré en esta etapa de la experiencia de trabajo con hombres, es que varios han dicho tener el interés y necesidad de conocer qué es lo que sus esposas piensan de la relación, quisieran saber ¿qué dirían ellas?, ¿qué dirían sus hijos e hijas? Estaban interesados (y con quienes sigo trabajando ahora, continúan estándolo) en encontrar alternativas para mejorar sus relaciones.

En este caminar e invitaciones, coincidí también con un colega y amigo que al igual que yo, estaba trabajando con grupos de hombres, pero desde una institución de gobierno, específicamente desde un programa reeducativo para hombres que ejercen



violencia<sup>12</sup>. Entre reflexiones, café y muchas preguntas, nos propusimos profundizar más en el trabajo y atención a hombres.

#### **Cuarta invitación: vinculación con instancias de Gobierno.**

En 2008 y 2009, desde Ciencia Social Alternativa, A.C. (Kóokay) y en colaboración con otro buen amigo y colega, Mtro. Jaime Goyri Ceballos, desarrollamos dos investigaciones con el Ayuntamiento de Mérida (en su área de la Casa de la Mujer), específicamente con el grupo de hombres que trabajan en la detención del ejercicio de su violencia (a través del Centro de Prevención y Atención a la Violencia Masculina -CEAVIM<sup>13</sup>-).

En la primera investigación titulada *“Ideas y reflexiones del trabajo con hombres en atención a la Violencia Intrafamiliar en Mérida Yucatán* (disponible en el portal del INMUJERES), nos interesó conocer, de voz de los hombres usuarios de este programa, las cosas que les han sido útiles, y aquellas que creen deberían de incluirse en relación con su compromiso con la *no violencia* (objetivo del programa). La posibilidad y la realidad del cambio en los hombres, la inclusión de otras vivencias más allá de la violencia, el interés y necesidad de conocer e incluir las voces de personas cercanas (familiares y amistades), el ambiente de confianza y respeto, así como la relación que establecían con los facilitadores, fueron de los aspectos más importantes y útiles para los 5 hombres con los que pudimos platicar en ese momento, en el que la membresía del grupo había disminuido

---

<sup>12</sup> Grupo de Hombres Renunciando a su Violencia (HRSV) del Ayuntamiento de Mérida, mismo que lleva funcionando desde 2001, con el modelo de atención de CORIAC (ahora Hombres por la Equidad, A.C.), como referencia.

<sup>13</sup> Edificio a parte de la Casa de Mujer del municipio, como parte de la normatividad de atención.

radicalmente<sup>14</sup> (de estos 5 hombres, 3 continuaban siendo usuarios, y 2 habían dejado de asistir meses atrás).

Los resultados y conclusiones de ésta, nos llevaron a recomendar mayor investigación que contemplara la posibilidad de incluir “las masculinidades”, en el trabajo con hombres que ejercen violencia. Fue entonces que nos autorizaron desarrollar una segunda investigación, en la que nos aventuramos desde la claridad de que no teníamos respuestas específicas, pero sí nuevas ideas que queríamos incluir y desde las que queríamos investigar. Fue así que la segunda investigación hecha con el personal y usuarios del CEAVIM (del Ayuntamiento de Mérida), la desarrollamos desde 3 acciones concretas: a) invitar a conversar, reflexionar y aprender sobre nuestras masculinidades (directamente con los usuarios, a través de talleres participativos), b) fortalecer el trabajo de planeación e intervención con el grupo de hombres que renuncian a su violencia, y c) la tercera acción, que alimentó y retroalimentó todo el proceso, fue una experiencia de reflexión-investigación<sup>15</sup> (metodología “Investigación como Práctica Cotidiana”), con el personal que ha trabajado con estos hombres.

Por otra parte, la necesidad de mayor capacitación y conocimiento de otras experiencias y estilos de trabajo en el tema, las reflexiones en cuanto al cambio en los hombres y la forma de trabajar para tal objetivo, las lagunas jurídicas en materia de paternidad y manutención<sup>16</sup>, así como el interés y necesidad de vinculación con otras

---

<sup>14</sup> Los responsables del grupo no tenían plena certeza de los motivos de la baja de la membresía, pero al parecer coincidió con un taller que recibieron sobre sexualidad, además de la cercana mudanza del grupo al nuevo edificio.

<sup>15</sup> Propuesta de Sally St. George, Ph.D. y Dan Wulf Ph.D., (Universidad de Callgary, Canadá), a partir de un taller que facilitaron en el Instituto Kanankil, en enero de 2009.

<sup>16</sup> Recomiendo leer artículo de Olivia Tena y Paula Jiménez (en Juan Carlos Ramírez y Griselda Uribe, coord. 2008) sobre el *mandato de proveeduría*, que si bien no se refieren a aspectos jurídicos, sí hablan y analizan la construcción de la masculinidad desde la idea de padre-proveedor-protector (según Gilmore,

personas afines a los temas de género, violencia y masculinidades, fueron los resultados y conclusiones obtenidas de las conversaciones e *investigaciones* que desarrollamos con los facilitadores que trabajan con estos hombres.

Analizando los resultados<sup>17</sup> y los beneficios observados, (en usuarios como en facilitadores) pienso que las masculinidades nos regalaron la posibilidad de mirar relaciones y diálogos reales y potenciales y no sólo unidades intra-psíquicas y conductas aprendidas que se congelan en el tiempo. Hablar de incluir la “masculinidad” o las “masculinidades”, no es hablar sólo de hombres. Esta ha sido la ventana, el pretexto, pero se trata de mirar y pensar cómo nos relacionamos hombres, mujeres, niños, niñas, adultos, todos y todas.

### **La invitación más reciente: relaciones que transforman y crean.**

Como consecuencia de los trabajos anteriores, mi curiosidad por conversar y conocer más sobre estos temas dio un paso más: explorar qué piensan y sienten los hombres que trabajan con otros hombres (terapeutas-facilitadores<sup>18</sup>), en la detención del ejercicio de su violencia.

Quería comprender el proceso que estos facilitadores han vivido en su experiencia como hombres que trabajan con otros hombres, en relación con el poder, la violencia, el

---

1994), misma que es sustentada por las instituciones sociales, proceso mucho más evidente en estos tiempos de cambios y crisis económicas y *de masculinidad*.

<sup>17</sup> Resultados disponibles en el Reporte Final entregado al Ayuntamiento de Mérida (Casa de la Mujer y CEAVIM).

<sup>18</sup> Michael Flood (en Ramírez y Uribe, coord., 2008) y Mauro Vargas (2009) hablan de aspectos específicos sobre el papel de los facilitadores, hombres, trabajando en prevención de la violencia. Comentan sobre la posibilidad de que éstos sean modelos en la no violencia, de generar un mayor compromiso como hombres, aunque el primero igual habla de las ventajas que tendría incluir facilitadoras mujeres. Por su parte Vargas, señala que la labor de éstos es acompañar y clarificar el proceso de autodescubrimiento, bajo el entendido de que el facilitador ha pasado por un proceso similar. Por lo general son profesionales de la salud (psicólogos, educadores, trabajadores sociales) pero se enfatiza mucho la cuestión del trabajo personal, de la propia vivencia de la masculinidad como facilitador.

cambio. La experiencia que viví en los talleres realizados con el CEAVIM (parte de la cuarta invitación del proceso vivido en 2009), me hizo pensar mucho en las posibilidades que se abrían a partir del tipo de relación que fui estableciendo y viviendo con los usuarios; y que si bien habían (y hay) aspectos muy puntuales que debían ser reforzados por parte de la facilitación (como la confrontación o el reflejo de actitudes hegemónicas en los usuarios, en relación con las mujeres), iban generándose insumos para la promoción del cambio y la construcción de nuevas relaciones.

En el trabajo con hombres que ejercen violencia, existe un claro objetivo de intervención, en cuanto a la construcción de un compromiso permanente con la no violencia; hoy más que nunca es fundamental esto por tratarse de un problema de salud pública. Es para estos *objetivos* que se han diseñado (y continúan diseñándose) marcos de referencia, propuestas metodológicas, indicadores, evaluaciones, etc.; todos, instrumentos que esperan ser lo más certeros posibles en el logro de esta intención. Sin embargo, pienso y siento que, además de los elementos objetivos y metodológicos, los elementos *subjetivos* (el proceso mismo) ha sido poco atendido o pudiera ser atendido aun más; y en este caso hablo de los elementos y recursos relacionales que se generan con los usuarios. Desde mis experiencias, este elemento, tan subjetivo como lo pueden ser las relaciones mismas, independientemente de esta diversidad de experiencias, suma posibilidades para la consecución del objetivo de la no violencia.

Este trabajo rescata pues, los aspectos relacionales y *subjetivos* de los hombres que trabajan con otros hombres, en la detención de su violencia en contra de sus parejas. Fue a través de mis ideas y voces, pero enriquecido con las voces de los co-investigadores de esta experiencia, que dimensioné que al hablar de relaciones, hablo de cercanía, confianza, respeto y comprensión por el otro, aun cuando este sea un hombre que ejerce

violencia... eso sí, implica muchos retos: el reto de ampliar la mirada de quien está enfrente y mirarlo no sólo como un hombre agresor, sino desde otras muchas identidades que le permitan re-construirse, cambiar, mejorar...; el reto de aprender a escuchar desde múltiples voces (las propias creencias, prejuicios y valores como facilitador, las voces de las leyes o lineamientos de atención, las voces de las teorías o referencias, las voces de los usuarios y sus particulares historias, creencias, vivencias, valores, preguntas e intereses). El reto de que escuchar invita a dialogar. El reto de que en este diálogo podamos reconocer que todas las voces tienen un valor y son útiles para generar opciones y alternativas. El reto de repensar el poder para crear alternativas a nuestras historias dominantes de las relaciones entre los géneros.

### **Descripción del documento.**

En los *capítulos 1 y 2* hago una introducción al contenido del presente trabajo de investigación, así como una breve explicación de la metodología utilizada, presentando a los participantes de la investigación (los co-investigadores) y algo de mí como persona e investigador también. En el *capítulo 3* comparto aquellos significados e ideas relevantes para los entrevistados, sobre el papel y el rol de la facilitación, cuando se trabaja con hombres. El *capítulo 4* retoma qué es lo que los textos y los entrevistados dicen del perfil de facilitación, enfatizando el trabajo personal como una importante herramienta personal y profesional. El *capítulo 5* rescata significados sobre las relaciones que establecieron los facilitadores con los usuarios, y las posibilidades generadas de estas. Por último, el *capítulo 6* hablo de “conclusiones”, como una pausa a estas ideas y reflexiones generadas, pero que por ningún motivo pretenden ni podrían ser las últimas.

## CAPITULO II

### **Co – construyendo significados y conocimientos.**

#### Metodología

##### **Investigación cualitativa y posmodernidad.**

Desde hace poco más de cuatro décadas, han surgido preguntas y reflexiones sobre nuestra concepción del mundo, del ser humano, de la realidad (realidades), así como sobre la manera en cómo nos relacionamos con estas realidades y entre nosotros y nosotras, en el cotidiano de la vida. Algunas de estas reflexiones surgen de la forma en cómo conocemos el mundo, cómo lo describimos y cómo nos aproximamos a él. Grandes han sido los esfuerzos de la ciencia y la modernidad para construir un sentido de certidumbre y precisión (cientificidad) para hablar de lo que se conoce y de cómo lo conocemos. La psicología en sus inicios, y hasta la década de los setenta, se sumó también al esfuerzo de definirse y actuar como una ciencia reconocida, en ese entonces, desde los parámetros del modelo médico (Fruggeri, en McNamee y Gergen, 1996).

Esta visión medida, objetiva y de descripciones congeladas y exactas del mundo, comienza a demandar nuevas ideas y posturas más flexibles e incluyentes. Más aun cuando se habla de las relaciones cotidianas entre las personas: entre los acuerdos, realidades y construcciones sociales cotidianas (Gergen, 1996).

Retomo algunas ideas para explicar porqué elijo desarrollar este trabajo desde una postura que rebase la visión moderna-cientificista de mi profesión (la psicología), para enriquecerla con una más de tipo *posmoderna-colaborativa*, que sin excluir o dejar a un

lado mi formación y experiencia previa, me permita acceder a nuevas posibilidades de conocimiento y reflexión de la información.

Principalmente, algunas de las críticas más fuertes hechas al paradigma científicista-médico-objetivo de la psicología, incluyen aspectos como la denuncian a: **a)** el predominio de un modelo metodológico experimental, que expresan el dominio del investigador sobre la situación experimental, pensado esto como la vía más adecuada, segura, objetiva, válida y confiable para producir conocimiento; **b)** la relación entre quien investiga y quien es “investigado” supone una distancia, una clara separación entre ambas partes, ya que el investigador es activo, es quien controla, dirige y conoce los objetivos y fines del proceso, es todo un experto que produce experiencia y conocimientos; y por último, **c)** que la realidad es una construcción cotidiana, la naturaleza de la realidad supone un carácter simbólico que permite la construcción subjetiva de esa realidad, entre otras ideas (Montero, 1994).

Desde esta posición, el análisis se enfoca ahora hacia el lenguaje en uso, a las relaciones sociales, tomando distancia de la supuesta interioridad y volcándose más hacia lo interpersonal; no existen ni voces autorizadas, ni soluciones generalizadoras, ni respuestas definitivas; lo que sí existe es un diálogo genuino con el otro/a; somos co-constructores responsables de las realidades, de nuestras realidades (Gergen, en Friedman, 2001).

Creo y comparto la idea que nos revelamos a nosotros mismos en cada momento de nuestras interacciones, por medio de las continuas narraciones que intercambiamos con los otros y las otras. Los clientes, en una práctica clínica, (o ahora también llamados/as: *sujetos de investigación*) no son textos previamente escritos que esperan que un lector simplemente los interprete; cada lectura es diferente según la interacción entre terapeuta y

cliente, entre investigador y sujeto. El punto de partida es siempre el relato del cliente acerca de su comprensión del mundo, y el terapeuta ya no se visualiza como un experto que posee una posición o historia privilegiadas, sino como un facilitador de conversaciones (Lax, en Jay, Lukens y Lukens, 1994).

Por lo anterior, y dados mis intereses de conocer y acceder a un mundo de subjetividades, significados y relaciones, la herramienta y procedimiento de investigación que responden estos intereses y objetivos, es la metodología cualitativa, misma que me permite aproximarme, respetuosa y genuinamente, al mundo subjetivo de significados, experiencias, emociones, creencias y construcciones, de las personas, de sus y de nuestras relaciones. Se trata pues de un proceso flexible que permite re-construir y acceder a las diversas realidades de los individuos, tal y como la observan y la viven (Guadarrama, 1999; Hernández, Fernández y Baptista, 2006), por lo que mi participación en el proceso de investigar-conocer, es igual de importante y responsable como de quien comparte la información. La realidad social es una construcción social en la que cada persona comparte su significado finalmente (Rodríguez, 2010).

Considero que la metodología cualitativa no sólo me dota de herramientas para el “acceso a la información”, sino que la considero el vehículo más adecuado desde una posición posmoderna, en donde sujeto e investigador en relación, construimos un conocimiento interesante y útil para ambas partes. De esta forma me es posible integrar la experiencia subjetiva como fundamento para el conocimiento social, de sus realidades y de sus relaciones (Ana Amuchástegui, en Careaga y Cruz, 2006; Merleau-Ponty y Paul Ricoeur, en Sierra, 1995).



### **Método de colecta de información y procedimiento.**

Para la colecta de información, utilicé la herramienta de la entrevista abierta, por permitirme establecer una relación flexible y respetuosa de intercambio de información, sin sujetarme a una guía estructurada de ítems, y dando así espacio a que mi interlocutor (es) decidiera también eran importantes compartir, en relación con el tema por el cual lo invité (Hernández et al, 2006). Desde mi experiencia, comparto la idea de que al haber hecho uso de preguntas abiertas la conversación (entrevista) se dio con flexibilidad, desde lo que cada quien decidió responder, a diferencia de si hubiera utilizado preguntas cerradas. Partí de un modelo de conversación entre iguales (Huerta, en red, 2005; Navarro y Recart, 1998, en red).

Las entrevistas tuvieron una duración de una hora y media cada una. Con dos de los tres entrevistados, tuve un encuentro, mientras que con uno de ellos, la entrevista se dividió en dos sesiones, ya que la conversación y reflexión se prolongó, y él necesitaba hacer una pausa por motivos de trabajo; de tal suerte que paramos y continuamos a los dos días. Todas las entrevistas fueron realizadas en el mes de abril de 2009.

Después de haber realizado las entrevistas, transcribí cada una de ellas, para luego ubicar aquellos discursos que eran comunes en cada uno de los tres sujetos, y comenzar entonces a elaborar unas primeras categorías de análisis. En este proceso, armar y desarmar categorías, comencé a establecer un *diálogo* con las narraciones, vivencias y reflexiones de los entrevistados, es decir, iba haciendo anotaciones sobre lo que a mí me hacía pensar, sentir, cuestionarme y hacer lo que ellos comentaban sobre sus significados como facilitadores de un grupo de hombres que ejercen violencia. Entonces, comencé a hacerlo de una manera más sistemática: leía sus palabras, y cuando sentía la necesidad de agregar algo mío, lo hacía. El siguiente paso fue entonces invitar a los y las teóricas, a ser

una voz más en esta discusión e intercambio de significados sobre la facilitación de grupos de hombres.

Fue entonces que en este diálogo, que fui consciente de mi propio trabajo de análisis de los resultados, lo cual me permitió distinguir cuándo estaba dando espacio sólo a mis palabras, mis formas de explicar y de organizar la información, y cuándo eran en realidad las de los entrevistados. Si bien mis preguntas dieron pie a sus respuestas, las categorías en las que finalmente presento la información, son en sí mismas un resultado de diversos diálogos y acuerdos entre mis ideas y expectativas como investigador, y las respuestas e ideas de ellos como co-investigadores de este proyecto. Seguramente, no es ni serán las únicas formas de definir las o presentarlas, pero considero que para efectos de este trabajo, resultan útiles, claras y aun más consecuente con el tipo de investigación que había elegido.

Tomar esta decisión fue resultado de una conversación con la Dra. Maria Luisa Molina López<sup>19</sup>, sobre la forma en como se construye el conocimiento, y se valida, desde una visión moderna-cientificista, y una posmoderna. A la par de esto, me fueron de mucha utilidad, las reflexiones de Ana Amuchástegui (en Careaga y Cruz, 2006), cuando señala que la única realidad que conocemos está teñida y matizada por los métodos que seguimos para conocerla, mismos que están marcados por la subjetividad de quien investiga; es por esto que la diferencia de esta postura, frente al llamado “paradigma científicista”, es que en éste, como investigador, explícito y asumo la posición desde la cual he decidido construir mi estudio e interpretación del material. La subjetividad en el

---

<sup>19</sup> Asesora metodológica y de contenido. Conversación establecida en abril de 2010, en sesión de revisión, sobre las categorías de análisis de la investigación.

investigar adquiere mayor relevancia, resaltando la cualidad de “construido” del conocimiento (Amuchástegui, en Careaga y Cruz, 2006).

### **Co-Investigadores: sujetos participantes de la investigación.**

Para el desarrollo de la investigación entrevisté a tres varones, mayores de edad, empleados de instituciones públicas de atención a la familia en temas de salud, bienestar, educación de los hijos, así como de atención y prevención de la violencia, desempeñando el papel de facilitadores, desde hace al menos 2 años. Los tres son licenciados en Psicología, como formación base, con diferentes cursos, diplomados y en el caso de dos de ellos, hasta el momento de las entrevistas, con estudios de maestría.

En los tres casos, los sujetos de investigación en algún momento de su práctica, participaron en el desarrollo de modelos o proyectos de intervención grupal con hombres que ejercieran o hayan ejercido algún tipo de violencia intrafamiliar. Para esto se han valido de estudios y propuestas metodológicas nacionales como internacionales, sea a través de un proceso de formación formal (cursos, talleres, seminarios), o de forma personal, leyendo o consultando textos y experiencias. En los tres casos, han externado en diferentes momentos su interés por conocer y mejorar su ejercicio en el tema de prevención de la violencia, desde el trabajo con hombres.

Al momento de hacer las entrevistas, le pregunté a cada uno de ellos la forma en que querían que manejara sus datos de identificación e identidad personal. Las opciones por lo general, “tradicionales”, es mantener sus identidades encubiertas, detrás de un seudónimo, para no ser identificados posteriormente por quienes lean. La otra opción era mantener sus nombres, ya que, desde mi posición y experiencia, este trabajo ha sido y fue elaborado por ambas partes, investigador y “sujetos de participación”, es decir, los co-

investigadores. Por lo tanto, la decisión de los tres fue mantener sus nombres, por lo que ahora los presento como los co-investigadores de este proceso y esfuerzo compartido: Psic. Rodrigo Cueva G.Cantón, Psic. Rodrigo May López y Psic. Jorge Gómez Pech. Desde mi personal, profesional y particular experiencia relacional con ellos, puedo definirlos como personas y hombres comprometidos con la equidad, sensibles a las necesidades sociales y como buenos y entrañables amigos y compañeros en este andar.

### **El investigador.**

Me pienso como una persona, un hombre, interesado en conocer y aprender sobre mis relaciones cotidianas, lo que de estas se construye, así como del aparente entramado social que muchas veces las envuelve. En este sentido, desde hace poco más de tres años mi interés en el tema de la violencia intrafamiliar (mismo que tras una primera experiencia de investigación sobre los significados que los hombres tienen sobre la misma) me llevó a continuar con la reflexión teórica y práctica sobre la construcción y vivencia de las masculinidades, lo cual ha implicado para mí, un reto y oportunidad no sólo profesional, sino personal al incluirme y mirarme desde estas reflexiones.

En últimas fechas, opté por conocer y explorar algunas experiencias e impactos generados alrededor de la atención a la problemática de la violencia intrafamiliar, específicamente cuando se trabaja con hombres. De esto se desprendió la investigación *“Ideas y reflexiones del trabajo con hombres en atención a la Violencia Intrafamiliar en Mérida Yucatán”* (Goyri y Moreno, 2008, INMUJERES), citada en el capítulo 1. Es por esto que deseo continuar este proceso de investigación y reflexión en relación con los significados e impactos que estas experiencias grupales de prevención de la violencia, con hombres, están generando, pero vistas, contadas y analizadas desde sus protagonistas.

### **Objetivo de la investigación.**

Por todo lo anterior, la pregunta de investigación que surgió para guiar mis conversaciones fue: ¿Qué impacto ha tenido en los entrevistados, el ser facilitador de un grupo de hombre en los temas de prevención y atención de la violencia, y masculinidades?

El objetivo general que buscó este trabajo fue entonces: conocer el sentido e impacto(s) que ha tenido, para facilitadores(as), su papel y participación, en grupos de hombres (sean de apoyo y/o reflexivos), que trabajan en relación al tema de la violencia y/o las masculinidades.

## CAPITULO III

### “Reto, oportunidad y cansancio”

Significados sobre el papel y rol de facilitación con hombres.

Reto, oportunidad, cansancio... son algunas de las palabras que Rodrigo May, Jorge Gómez y Rodrigo Cueva, evocaron y desdoblaron en diferentes partes, cuando les pregunté qué ha significado para ellos el *papel* y/o *rol* de “facilitador de un grupo de hombres” que se reúnen para detener el uso de su violencia en sus relaciones de pareja.

El presente capítulo contiene información relacionada con lo que he llamado, los significados e impactos a nivel profesional que los entrevistados narran como resultado de sus experiencias y reflexiones en su ser y hacer como facilitadores. Identifico esto desde lo *profesional*, ya que hablan de las actitudes, aptitudes y/o habilidades que utilizan y han desarrollado como producto de sus funciones laborales y los objetivos que éstas les demandan (su *práctica*); así como también, las sensaciones y experiencias particulares que cada uno de ellos ha tenido, como resultado de este trabajo (*reflexión de su práctica*).

Tras una constante, y probablemente, inagotada lectura y análisis de sus narraciones, clasifiqué la información, en dos “subcategorías” como explicaba líneas antes: a) los elementos que *piensan* como más importantes y relevantes para definir esta *práctica* profesional, en términos del rol o papel del facilitador, y b) aquellas *reflexiones* e ideas particulares, que a cada quien les surgen, como resultado de *reflexionar* su propia *práctica*. A continuación comparto sus narraciones, a la luz de esta agrupación de ideas:

**a) ¿Qué piensan que significa “ser facilitador”, a partir de lo que ellos consideran más relevante e importante de esa práctica?**

Se trata de una oportunidad. Trabajar con hombres que ejercen violencia es la posibilidad de trabajar con una parte importante de la problemática de la violencia intrafamiliar y de género, al menos desde como dos de ellos lo viven y explican; no sólo se trata de “el hombre que ejerce la violencia”, sino que, detrás de ese hombre, hay más personas que están siendo afectadas por la situación misma, sean los miembros de la familia nuclear, o de la familia extensa, o cualquier otra configuración familiar, su punto es resaltar que detrás de ese hombre, hay muchas otras personas que están viviendo los efectos de esta violencia, por lo que “ayudar a un hombre”, implica la oportunidad de ayudar a más personas, de manera “indirecta”:

*Trabajar con hombres lo veo como una oportunidad: creo mucho en la capacidad y en el valor de las familias, llámese tradicional, o nueva, o funcional o disfuncional; sí, creo que la familia es un área de oportunidad, y por ejemplo, trabajar por la familia, en este caso, con los hombres, también lo veo como una oportunidad.*  
**(Rodrigo Cueva)**

*Estando ahora del otro lado como facilitador me siento muy bien porque, cuando veo a un hombre, no sólo veo a un hombre, veo que atrás de él hay una familia. No sólo veo a un cuate, veo a otras personas que de alguna u otra manera están vinculadas a él, y dentro del ejercicio de su violencia, se ven afectadas.*  
**(Rodrigo May)**

Detrás de un hombre, hay otras más personas. Es decir, no sólo es el hombre que asiste, y su relación de pareja, pues en ocasiones está en un proceso de separación y/o divorcio. Lo que adquiere igual importancia en esos casos entonces, es también el proceso personal por el cual puede pasar, beneficiándose él, y las personas cercanas, sean hijos, otros familiares, y en su caso, futuras relaciones de pareja.

Cuando Rodrigo Cueva dice que cree en el valor de las familias, me hace pensar en las recomendaciones que se han escrito para no reproducir estrategias que perpetúen la violencia de género, ni su expresión intrafamiliar, a través de posturas y acciones de conciliación en la práctica de los/as profesionales que atienden a víctimas de la violencia, bajo argumento de evitar o “prevenir divorcios” (Vargas, 2009; Garda y Huerta, 2007). La idea de Rodrigo supera por mucho esta intención. Él habla más bien de la oportunidad que encuentra al trabajar con los hombres, por ser éstos parte de una familia, de un sistema social (independientemente de la configuración familiar). Los dos entrevistados creen que abrir las puertas a los hombres (además del hecho de observar que varios de ellos muestran interés en participar en este tipo de procesos), es abrir y multiplicar las posibilidades, las oportunidades de cambio.

Como escribí en la introducción de este trabajo: cuando empecé a interesarme por el trabajo con hombres en el tema de la violencia (y posteriormente en la construcción social de la masculinidad), una de mis principales sensaciones y necesidades, era encontrar la manera de “justificar y fundamentar” mis intenciones de incluir a los hombres en este tipo de servicios, talleres y consejería. Sabía que era importante, pero también sabía que, para muchas personas (sobre todo mujeres) el dedicar tiempo y recursos a los hombres era un “desperdicio” y “un riesgo”, pues algunos sólo “quieren manipular, pero no quieren cambiar de verdad”. Pensaba y sentía que yo como hombre, y los demás hombres, éramos parte de este problema de salud pública, pero al mismo tiempo, éramos (somos), y debíamos ser parte de las alternativas para construir relaciones más sanas y equitativas.

En este andar, me he encontrado con aportaciones y reflexiones como las de Michael Kauffman (1997, en red) y Michael Flood (en Ramírez y Uríbe, 2008) quienes



piensan que invertir en los hombres, en estos temas, proyectos, programas, no sólo es atinado, sino que es fundamental en las estrategias que pretenden “erradicar la violencia”<sup>20</sup>.

Paralelo a esto, me parece que Ana Amuchástegui retoma esta misma idea desde la voz de mujeres preocupadas por este problema de salud pública, señalando lo útil y necesario que sería abrir los oídos a los hombres:

Para empezar, soy feminista, lo cual me coloca en una cierta perspectiva, en el sentido de que mi investigación parte del reconocimiento de la diferencia y de la necesidad de escuchar al otro (en este caso los hombres) desde su propio punto de vista, tomando en cuenta el contexto de desigualdad de género que caracteriza a nuestro país (pp. 161, en Careaga y Cruz, 2006).

Siguiendo con los significados, uno de los facilitadores que fueron entrevistados, señaló que trabajar con los hombres que ejercen violencia contra las mujeres, es “trabajar con el “origen del problema”:

*Sentía que se había abordado mucho el trabajo con las mujeres, y que sí quedaba algo pendiente que hacer con los varones, a final de cuentas, y es algo que creo, la violencia hacia las mujeres, como una de las problemáticas que se relacionan con los hombres, es pues a final de cuentas el síntoma, no es realmente el problema; pienso que se tiene que trabajar con los hombres como con las mujeres, y... pues pensé que se estaba haciendo mucho con ellas y poco con ellos, y a final de cuentas quien es, desde mi punto de vista, el origen de todos los males, que tiene que ver con estas cosas del género; siento que tiene mucho que ver con cómo nos construimos los hombres, y por cómo se construye también la idea de hombre, por las mujeres.*

**(Jorge Gómez)**

---

<sup>20</sup> Vale la pena acotar en este momento que, para diferentes programas de intervención con hombres (reeducativos o terapéuticos, resulta poco estratégico hablar de la “erradicación de la violencia”, pues eso significaría creer que lograremos que en todo el país (o incluso en el mundo), dejará de existir, convirtiéndose en un objetivo inmensurable. Se opta entonces hablar de reducirla, de establecer un compromiso con la No Violencia, o de renuncia a su uso (Ramírez, 2005; Cervantes, Garda y Liendro, 2002) [“Manual de facilitación del primer nivel” del Programa de Hombres Renunciando a su Violencia del Colectivo CORIAC]

Esto me ha llevado a pensar en qué supuestos y prácticas podrían derivarse de la idea de “trabajar con el origen del problema”. ¿Qué implicaciones (personales, profesionales... relacionales) tendría trabajar con “una parte del problema”, por un lado, a trabajar con “el origen” del problema, por otro?

Desde mis ideas, cuando leo la narración de Jorge, pienso en el origen del problema”, como la posibilidad de ver y comprender que trabajar únicamente con las mujeres es atender el “síntoma”, prolongando la problemática, pero al final, seguimos dejando de lado una parte importante de este problema relacional, vinculado a cómo nos construimos los hombres, así como también las ideas que las mujeres tienen de los hombres. La narración de Jorge me ha hecho reflexionar sobre el valor que le ha dado a este trabajo, pues pareciera que ve en éste una clave, una oportunidad de impactar significativamente en la prevención y atención de la violencia intrafamiliar y de género.

Ser facilitador, en la práctica significa un reto, una gran oportunidad, pero también trabajar con una parte fundamental (“el origen”) del problema de la violencia. Desde esta lectura, retomo otro comentario que, a juicio de los facilitadores, reviste una condición necesaria para el éxito del proceso:

*(...) el compromiso, mucho compromiso con ellos mismos, a realmente querer hacer algo con lo que están viviendo... a querer buscar algo diferente, a sentirme bien, con mi vida, con lo que hago. (...) vengo acá porque realmente “siento que lo necesito”, y no tanto por lo que sucede allá afuera, sino algo de mí tiene que cambiar y realmente quiero hacerlo. (...) como hombres, a querer algo diferente. Es algo que les brindamos acá, las herramientas para poder hacer eso que quieren hacer.*

*Más que decir “¡soy el facilitador!”, es: tengo herramientas y habilidades que, más que me hagan mejor o peor que ellos, simplemente me van a servir para tratar de ayudarlo, que dentro de esa dinámica de ayuda, mucho depende de ese cuate, no de mí. (Rodrigo May)*

“Realmente querer hacerlo”, “sentir que lo necesito”, es decir, para estos facilitadores, asistir a un Programa de atención para hombres, es efectivo y útil en la

medida en que ellos así lo deciden, o sea, la decisión de mejorar es de ellos, el CEAVIM “sólo” brinda las herramientas para hacerlo.

Esta misma característica de “estar por convicción” salió a la luz en una investigación previa que realicé con los usuarios de este programa, con la intención de conocer qué impactos había tenido el Programa en ellos (Goyri y Moreno, 2008, en red). En ella, una de las observaciones finales fue que se notaba una diferencia peculiar entre los usuarios de menos de 35 años, con los de entre 40 y 60 años. Los primeros tenían un discurso mucho más preventivo y de estar en el grupo con convicción, mientras los “mayores”, hablaban más de una lógica de “no me quedó de otra”, es decir, por condición, a que la pareja no los dejara, o poder obtener otros beneficios. Es decir, tanto en el discurso de los facilitadores, como de los usuarios, aparece este elemento de “querer trabajar por uno mismo”. Probablemente el discurso de algunos usuarios ha sido impactado a partir de que los propios facilitadores dicen que estar en el grupo debe ser una decisión personal<sup>21</sup>, sin embargo, esta pareciera no ser la única causa, ya que varios de los usuarios de mayor edad, en algunos casos, llevan asistiendo al grupo más tiempo que algunos de los más jóvenes, y aun mantienen esta idea de estar como condicionados. Esto no significa necesariamente que estos hombres (los mayores de 35-40 años) vayan a las sesiones sin ganas o de mal humor. Por lo observado, disfrutaban del espacio, aunque mantienen la idea de que “les hicieron algo” por sus parejas, o esperan que ellas se den cuenta de su esfuerzo, y de esta forma les permitan volver con ellas.

Esto último me recuerda a unas palabras de Jorge Gómez dijo en relación con la utilidad que él ha encontrado al usar técnicas y ejercicios proyectivos con los usuarios de los talleres (o programa), ya que se logra develar información que, a juicio de Jorge, sin

---

<sup>21</sup> Es una de las “reglas” dentro del grupo hombres que renuncian a su violencia.

esas técnicas difícilmente lo harían. Lo rescato ya que, en el trabajo con hombres, se ha dado un lugar muy importante al trabajo de las emociones, los sentimientos, y qué efectos tienen en lo que se piensa y se hace (Cervantes, Garda y Liendro, 2002); pero esto no siempre es fácil de poner sobre la mesa (por parte de los usuarios), sea por pena, por desconocimiento de la experiencia de trabajo grupal, como por el mismo hecho de que los hombres poco hablamos de lo que sentimos.

Siguiendo con estos significados e implicaciones del “ser facilitador”, este papel trata igual de observar más allá de los textos. Cuando Rodrigo May habla de “permitirse” y de darse la oportunidad de ver más allá de lo “tradicional”, pienso en mirar más allá del sólo hecho de “ser hombre”, o sólo del “sexo”, es decir, Rodrigo tiene claro que trabaja con hombres que ejercen violencia, pero al mismo tiempo elige escuchar y trata de comprender lo mejor posible todo lo que esos hombres, esas personas, vienen a decirle, con la intención de dar un mejor servicio y ayuda:

*(...) empezamos a observar las vivencias de otras personas, independientemente de su sexo, desde otra perspectiva; empezamos a observar y nos permitimos no sólo verlo de cierta manera, o de la manera tradicional. Empezar a observar un poquito más allá... para poder ofrecerle ayuda.*

*(...) Lejos de ver como: ¡ah!, ¡hombre violento!: tal cosa si nos vamos a la literatura, empezar a observar un poquito más allá, de poder entender. (...) me doy la oportunidad, de empezar a entender un poco más toda la gama que me trae esta persona.*

*(...) más que justificar, entenderlos, a partir de: ¿qué es lo que está viviendo esta persona, qué siente, qué lo está llevando a actuar, qué historia trae? Buscar de esta persona, todos los puntos en los cuales yo pueda ayudarle a salir, o a llevar su proceso. (Rodrigo May)*

Para Rodrigo May, la responsabilidad de desempeñar bien el cargo significa hacer todo lo posible por ayudar a una persona, y en consecuencia, a las personas que se relacionan con ese hombre, como se señala páginas atrás. Se trata de conocer, escuchar, comprender, ayudar.

Esto último me hizo pensar, por un lado, en la postura *humanista* y el Enfoque Centrado en la Persona de Carl Rogers, ya que Rodrigo May habla desde una actitud de respeto y de comprensión de la experiencia personal de su cliente. Sin embargo, retomando un análisis de Harlene Anderson (s/f, en red), sobre las diferencias y similitudes entre este enfoque, y uno colaborativo, desde el que ella trabaja, si bien se trata de escuchar y comprender activamente la experiencia del cliente, Rodrigo May se mira y entiende en ese proceso, como corresponsable del mismo. Es decir, ser facilitador es estar ahí, para ellos, pero también como uno más del proceso. Su saber, su intencionalidad y su postura también se escuchan en las sesiones. Rodrigo tiene una agenda que cumplir como facilitador de esa institución, y no la desecha. Los usuarios del grupo tienen también la suya. Sin embargo, y aun cuando estas agendas puedan ser diversas en algunos momentos, y compartidas en otros, Rodrigo le apuesta a escuchar con atención, para entender desde dónde habla cada usuario, de dónde vienen sus ideas, para entonces poder darle un mejor servicio. En este sentido, Harlene Anderson escribía que, desde su postura filosófica, si bien comparte el respeto y confianza en la persona, difiere en la forma de entender el proceso terapéutico, mismo que define como algo que se genera a partir de la relación terapeuta-cliente, pero en donde el objetivo no es la promoción de una personalidad actualizada, o desarrollada, etc., sino el objetivo(s) se van decidiendo en conjunto; la relación define qué sucederá, ambas voces, ambas agendas entran al diálogo (s/f, en red). Sería entonces, en el marco de esta relación colaborativa, en la que se definiera qué ayuda se necesita, qué tipo de atención y apoyo, es decir, considero que no sólo se trata de cómo el facilitador puede o quiere ayudar, sino cómo necesita, el usuario (cliente), ser acompañado.

Paralelo a esto, retomo una idea que me envió Rodrigo May por correo electrónico. Ésta llegó días después de haberle hecho la entrevista, como resultado de pedirle que la leyera y agregara lo que le pareciera hizo falta decir, o simplemente algo que quisiera añadir:

*Además del ejercicios de su violencia también podemos ver otros aspectos: de ser padre, de ser hijo, ser esposo, ser ciudadano con derechos y obligaciones; poder incluir a los hombres dentro de lo que es el ejercicio jurídico, de mis derechos como hombre, de mis obligaciones como hombre.*

**(Rodrigo May)**

Rodrigo habla de ver otros aspectos del ser hombre, además de la violencia. Es decir, para él, ser y desempeñarse como facilitador de un grupo de hombres, también implica, a nivel de contenidos, ampliar los servicios y las temáticas, desde mi particular interpretación, como consecuencia de permitirse escuchar y conocer más a fondo las situaciones de estos usuarios. Implica hablar de otras cosas involucradas en la vida de esos hombres, además del uso de la violencia en sus relaciones; contemplar esos otros aspectos, de hecho, sería parte de los objetivos y visión del grupo.

Siguiendo con esta idea y haciendo referencia a otros trabajos y experiencias similares en las que he participado (Goyri y Moreno, 2008 y 2009, en red), retomo: cuando se trabaja con hombres, desde la línea de la prevención y atención de la violencia, es importante y potencializador que este tipo de servicios contemplen elementos cotidianos de la masculinidad, es decir, ser hombre, no sólo es “ser violento”; implica ser pareja, ser padre, ser trabajador, *ser sexual*, el cuidado de la salud y del cuerpo, derechos y obligaciones, etc. Cuando se contemplan estos aspectos, las posibilidades de que el proceso sea más provechoso y efectivo, en ambas vías, es mucho más alta, ya que se construyen más herramientas para el día a día, para las relaciones cotidianas.

Continuando con los significados: hombres trabajando con hombres; facilitadores y usuarios. En el siguiente capítulo se retoman aspectos teóricos y prácticos, desde la vivencia de los facilitadores, sobre el perfil de quienes desempeñan y desarrollan esta función. Sin embargo, considero prudente mencionar ahora un aspecto comentado por los entrevistados y que, a pesar de su clara vinculación con el siguiente capítulo (perfil de facilitación y trabajo personal), decido compartirlo ahora pues reviste implicaciones prácticas muy potenciales, cuando se habla del proceso de facilitación con hombres que ejercen violencia: *el facilitador como hombre*, su masculinidad como herramienta del proceso:

*(...) el poder estar como usuario y facilitador dentro del grupo de hombres y en grupos de mujeres, cambió mucho mi perspectiva acerca de lo que es ser hombre, aun más allá de lo profesional, porque me di cuenta de que al final de cuentas yo mismo soy parte de esa sociedad y sin mi profesión soy como cualquier otro, y ahí está lo importante según mi propia experiencia para lograr realizar un mejor trabajo con las y los usuarios. Yo mismo llevo esos roles en diferentes lados ya sea como hijo, hermano, esposo, amigo, psicólogo, etc. (Rodrigo May)*

*Cómo me relaciono con ellos (usuarios), pero también cómo me relaciono afuera, con mi familia, con mis compañeras de trabajo, con mi jefa... creo que la palabra aquí tiene que ser "coherente", un gran reto y compromiso. Creo que eso me ha llevado mucho a estar pendiente de cómo me expreso como hombre, cómo me conduzco como hombre y cómo me relaciono con otros hombres y con las mujeres.*  
**(Jorge Gómez)**

*Pensaba que mucho de lo que soy lo he aprendido en mis relaciones, y muchas de esas relaciones han estado marcadas en cómo yo debo de ser, por ser hombre. A lo mejor mi experiencia, mis preguntas que me he hecho a lo largo de mi vida, de las cosas que se supone que debemos y no debemos de hacer los hombres, que quizá a la hora de yo transmitir esas mismas preguntas, a partir de estos comentarios que ellos hacen, es que pudiese estar influyendo en mí eso de ser hombre. .*  
**(Rodrigo Cueva)**

Las siguientes ideas reflejan parte de lo que ellos, como hombres, se han cuestionado y pensado sobre su propia forma de ser hombre, producto del *trabajo personal* (se profundiza en esto en el capítulo 4). Ambos entrevistados señalan que también son hombres, y por tanto han recibido mensajes y una educación cultural sobre

su y la *masculinidad*<sup>22</sup>. No escapamos a los mensajes, ni a los mandatos sociales que hemos ido definiendo y construyendo sobre lo que debemos ser y hacer (Berger y Luckmann, 1998), a partir de nuestros cuerpos. Sin embargo, y a pesar de esos grandes discursos sociales y mandatos, y reconociendo que nuestra realidad y relaciones van construyéndose a partir de estos encuentros, lenguaje y significados compartidos (Berger y Luckmann, 1998; Gergen, 1992, 1996; Anderson, 2000), es que los mismos entrevistados reconocen *oportunidades de cambio* de estos “mandatos”, a partir de su papel como facilitadores:

*(...) y creo que muchos hombres tenemos la idea de que somos malos por naturaleza, malos por llamarlo de alguna manera; y creemos que no podemos cambiar porque así somos. Mucho tiene que ver con poder diferenciarme, de todo eso que está alrededor mío; que tenga la posibilidad y el poder de decidir, cómo quiero vivir este mi ser hombre. Con todo y que tenía mucho el modelo hegemónico, muy tradicional, a final de cuentas en algunas cosas decidí no hacerlas; en mi experiencia de ser hombre en ese sentido, es lo que quería plasmar dentro del grupo. No sé si por fortuna o desfortuna, pero no me considero un hombre típico, entonces creo que mucho de lo que sé, de la manera, del matiz que se dio dentro del proceso de grupo, tiene que ver con mi persona. Por ejemplo, puedo ser muy expresivo y muy cariñoso, y mucho de contacto. (...) los compañeros no eran muy así, (...) te saludaban y nada más te levantaban la cabeza. Yo me iba, les tomaba la mano y les daba un abrazo, y al final creo que varios lo pudieron hacer. Entonces eso para mí tenía que darle un tipo de personalidad al grupo, y que también tiene mucho que ver con mi personalidad (...), desde mis necesidades, de la forma en cómo quería ser tratado.*  
**(Jorge Gómez)**

*Ese tipo de cosas que he escuchado: conductas que debemos y no debemos de hacer los hombres... y que de repente sí he reflexionado, o intentado reflexionar sobre eso; y ahora, a lo mejor, con mis reflexiones, con mis preguntas, con mis devoluciones a los usuarios es que... mi manera de ser hombre, a raíz de lo que he aprendido que deben ser los hombres, y no sé si yo se lo estoy transmitiendo, o sólo se los estoy transmitiendo.*

---

<sup>22</sup> Forma aprobada, construida socialmente de lo que es y hace un hombre, en un contexto social, político, económico, cultural específico; siendo parte de la categoría relacional de *género*. Culturalmente, se ha configurado una forma “hegemónica” o “dominante”, en la que todos los hombres deben de parecerse, independientemente de la etnia, eso define, en un momento dado, su virilidad, su ser hombres de verdad (Connell, en Castañeda, 2002; Bourdieu, 1998; Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Montesinos, 2002; Lagarde, 1997; Barrios, 2003; Gutman, 1994 y 1997).



*(...) a lo mejor la influencia que ha habido es la invitación a los usuarios, a permitirse vivir cosas que los hombres 'no debemos hacer'.  
(Rodrigo Cueva)*

Estar frente a un grupo de hombres, es una oportunidad de “mostrar”, pero sobretodo, de vivir en la relación con ellos, otras formas y posibilidades de nuestro “ser hombre”.

Jorge se cuestiona las ideas que existen alrededor de los hombres, y su posibilidad de cambiar, así como se ha señalado en otros trabajos (Goyri y Moreno, 2008; 2009). A propósito de esto Matthew Gutmann (1994), cuestiona nuestra “identidad nacional de machos”, que, sin afán de negar su existencia y sus difíciles implicaciones y costos sociales, de salud, etc., considera que es tiempo de mirar otras historias y vivencias verdaderas, de hombres verdaderos, que luchan para que esta “identidad” sea diferente. No es un tiempo sencillo, señala, pero mostrar que es posible es un primer paso.

En ese sentido, y como dicen los entrevistados, ser facilitador de un grupo de hombres, implica pensarse como hombre, cuestionarse, pero llevar esas reflexiones y nuevas posibilidades al trabajo y relación directa con los usuarios. En las manos de los/as facilitadores/as está el cuestionar al modelo hegemónico masculino<sup>23</sup>, y en consecuencia, a decidir no mantener estos estereotipos:

*A final de cuentas, esta cuestión del poder es importante, pero que también mi función como facilitador era modelar otra forma de cómo usar ese poder.  
(Jorge Gómez)*

---

<sup>23</sup> Algunas manifestaciones de la *masculinidad*, son las que caracterizan a los hombres como *machistas*, impositivos, proveedores, que imponen sus ideas, que tienen prácticas sexuales de riesgo, así como probable abuso de sustancias, especialmente el alcohol (Connell, en Castañeda, 2002; Bourdieu, 1998; Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Montesinos, 2002; Lagarde, 1997; Barrios, 2003; Gutman, 1994 y 1997); aunque estas características no son atribuibles al sexo (hombres, mujer), pero sí a la educación genérica de los sexos.

En el capítulo 5 se retomarán las implicaciones relacionales de estos cuestionamientos sobre la masculinidad.

Y por último, relacionado con lo anterior, dos de los entrevistados hablan del papel de las mujeres y de su posible (y potencial) participación en estos procesos, desde diferentes posiciones:

*Desde que empecé a trabajar con hombres, cuando trabajo con mujeres, la perspectiva ya es completamente distinta, al menos de entrada, porque cuando te permites empezar a escuchar las experiencias de ambos, junto con tu experiencia, y empiezas el trabajo, la experiencia la siento más grande, más educativa, más enriquecedora; profesionalmente me llena mucho.*

**(Rodrigo May)**

*Co-facilitar con una mujer, o en algún momento hacerse como un espacio de reflexión del proceso del grupo, con una mujer, porque a veces hay cosas que sí se nos van del ojo a los varones.*

**(Jorge Gómez)**

Rodrigo subraya la riqueza y posibilidades que ha encontrado cuando ha podido escuchar las narraciones de ambas partes de la pareja<sup>24</sup>, especialmente escuchar a las mujeres, parejas de estos hombres, pues siente que la experiencia se vuelve más amplia. Para mí es importante señalar en este momento, que Rodrigo May ha tenido una amplia formación en género y en atención a personas involucradas en una relación de violencia, por lo que entiende el cuidado de no reproducir estereotipos de género, ni mucho menos de re-victimizar a la mujer (víctima)<sup>25</sup>, en este tipo de servicios. Lo señalo ya que, cuando habla de escuchar a alguna de las mujeres, parejas de los usuarios, lo hace con todo el

---

<sup>24</sup> En otras conversaciones con Rodrigo May, hemos comentado sobre momentos en los que ha tenido que (y optado por) atender a ambas partes de la pareja al mismo tiempo, pero porque ambos así lo han pedido, y en donde por lo general, ambos han tenido ya algunas sesiones por separado, de un proceso grupal (en CIAVI y CEAVIM).

<sup>25</sup> Este concepto se refiere al hecho de volver a exponer a una mujer víctima de violencia, a malos tratos institucionales, sea exponiéndola a su agresor en el mismo espacio físico, careándola, sea dudando de su narración, o cuestionando la validez de la misma, sea justificando los actos de su pareja (hombre); cuando se habla de atención en violencia, este tipo de consideraciones son fundamentales para garantizar la seguridad de la víctima.

cuidado de garantizar la seguridad de esa mujer, de respetar sus derechos, pero con la intención de ampliar su entendimiento de lo que está pasando, por petición expedita de ambas partes de la pareja. Una vez más, ha decidido hacerse de diferentes recursos para conocer y comprender más, y entonces poder ayudar más.

Queda claro, de acuerdo a esta experiencia, y de acuerdo también a otras documentadas (Cervantes, Garda y Liendo, 2002; Vargas, 2009), que es necesario, como hombres que trabajamos con hombres, ser retroalimentados por mujeres que trabajan con mujeres y que conocen sobre derechos humanos y movimientos feministas. Esto ha sido explicado bajo la idea de que de esta forma, podemos estar “vigilantes” de no reproducir ningún patrón o estereotipo de género. Si bien creo que esto no garantiza nada, comparto la idea y experiencia de que, trabajar en conjunto y colaboración con mujeres, como co-facilitadoras y compañeras de estos temas, es sin duda enriquecedor, ya que hablar de prevención y atención en violencia, es hablar de la necesidad de construir nuevas relaciones entre hombres y mujeres, así como entre hombres y otros hombres. Y en estos objetivos participamos todos y todas, no sólo las mujeres, no sólo los hombres.

**b) Lo que les significa “ser facilitador” en términos de lo que han sentido y experimentado *personalmente* desde el rol de facilitador.**

Cada uno de los entrevistados narra aspectos, sentimientos y sensaciones diferentes, impactos que nutren y potencializan su ejercicio profesional, desde la experiencia y sentir particular. Hablan del mismo hecho: “el rol del facilitador”, pero ahora, sobre lo que este *rol* les ha hecho vivir.

Las siguiente respuestas, que yo he decidido presentar hasta el final de este capítulo, fueron en realidad las primeras definiciones que dieron al “ser facilitador”, es

decir, empezaron desde sus emociones y experiencias, y fue después que hablaron más de lo que en términos generales implicaba ese trabajo (la 1ª parte de este capítulo).

Y entonces hablaron de reto, de curiosidad y de compromiso:

*Primero reto, recuerdo que desde que estaba en la carrera alguna vez me pregunté: ¿será posible trabajar o hacer grupos de hombres... para lo que sea? El trabajo que tengo me ha dado la oportunidad de ver que sí es posible, y no sólo que es posible, sino que se hace. ¿Será que los hombres nos intereseamos en, será que los hombres u otros hombres se interesen en?... y veo que sí.*  
**(Rodrigo Cueva)**

*Primero, fue como una experiencia, es algo que no había hecho, que me causaba mucha expectativa... me causaba mucha curiosidad también.*  
**(Jorge Gómez)**

*Compromiso, desde mí por supuesto; para mí ha sido más un compromiso, en el sentido de que si yo creo en los derechos de todas las personas y en las relaciones equitativas, pues para mí trabajar con hombres es un compromiso que yo asumo con el principio o valor de la equidad... un compromiso y a la vez un medio para seguir construyendo esto de la equidad.* **(Rodrigo Cueva)**

“¿Será realmente posible trabajar con los hombres... en lo que sea?”. Es decir, Rodrigo Cueva cuestiona ideas que ha escuchado, sobre lo que algunas personas piensan de la actitud de los hombres frente a la prevención y atención en violencia: “a los hombres no les importa”, “se sienten amenazados”, “sólo quieren mantener su poder, tú crees que van a ir a escuchar a un psicólogo que les diga que están mal”. Y desde la experiencia de Rodrigo Cueva, estas ideas no han sido las que han guiado su práctica. Me refiero a que él eligió asumir esto como un reto desde el cual se siente profundamente comprometido. Su compromiso no era sólo con los hombres, sino con “esto de la equidad”, es decir, desde el principio le interesó este tema y quería sumar esfuerzos para atenderlo. Trabajar con los hombres es para él (como lo es para mí), un reto pero también un compromiso, y más cuando a su pregunta sobre si a los hombres en realidad “nos interesa” reunirnos a trabajar en estos temas... ha ido descubriendo que sí.

Tanto para Rodrigo Cueva como para Jorge Gómez, elegir este trabajo ha sido influido por esta curiosidad de poder trabajar con los hombres. Interés y curiosidad por vivir esta experiencia, misma que desde hacía tiempo querían ambos experimentar como parte del trabajo que se debe hacer en prevención y atención en violencia. Parte de esta curiosidad es también contextual, es decir, por la forma en la que se ha atendido la violencia intrafamiliar y de género en el Estado de Yucatán, particularmente, en la ciudad de Mérida. No fue sino hasta el año 2001 que comenzó a funcionar de manera oficial (como parte de los servicios del Ayuntamiento de Mérida) el primer grupo específicamente dirigido a atender a hombres que ejercían violencia en contra de sus parejas mujeres<sup>26</sup>, por lo que es claro y entendible, me parece, que genere tal curiosidad, expectativa, reto... y por supuesto, compromiso con los objetivos de la equidad de género y los derechos humanos.

Pero me quedo pensando y preguntándome “¿por qué no nos habría de interesar?” El reunimos, hablar sobre la violencia, sus efectos, cómo estar mejor, etc. Es entonces que, como muchas personas creen, lo que a los hombres les interesa (nos interesa) es mantener hasta la muerte el poder que tenemos sobre las mujeres, continuar con estas diferencias y disputas en nuestras relaciones de pareja, mantener la imagen e idea de que somos “omnipotentes”, y negando siempre que nos sentimos mal, o tristes, o molestos... seguir siendo distantes con nuestros hijos, familiares, amigos. No me atrevo a afirmar, a pesar de lo que cualquier texto pueda decir al respecto, que esto sea cierto. Pero entonces, ¿por qué no nos reunimos los hombres? Si bien el objetivo de esta investigación no es dar respuesta a esta pregunta, la retomo para enfatizar la propia respuesta de Rodrigo Cueva,

---

<sup>26</sup> Información obtenida a partir de visitas, entrevistas y pláticas con diferentes empleados/as del CIAVI, desde 2005.

cuando dice “será que se interesen... y veo que sí”. Él afirma, desde esta particular experiencia de ser facilitador de grupos de hombres, que sí les interesa, que después de todo quieren que todo lo antes escrito (y lo que no alcanzó a ser escrito) sea diferente. Yo me sumo a esta idea, pues me pienso como un hombre que ve y va más allá de ello, así como también conozco y me relaciono con hombres que quieren y hacen porque eso sea diferente. Pero también es cierto, a partir de la experiencia de muchos, que hay otros tantos hombres, en este y en otros contextos, para los cuales el hablar de estas cosas y reunirse para trabajar sobre sí mismos, es algo muy difícil. Sin embargo, de ahí el reto, la curiosidad y el compromiso.

A propósito del compromiso con la equidad, quisiera profundizar un poco más en lo referente a trabajar o no con los hombres. Como he señalado, la discusión ha sido interesante en relación con si se debe o no trabajar con los hombres, sobre estos temas. Durante mucho tiempo se habló sobre que lo urgente y apremiante era trabajar con las mujeres, y así lo creo y se ha demostrado. Sin embargo, varias son las experiencias que documentan la importancia de invertir en el trabajo con hombres, pues es invertir en la equidad de género (Flood, en Ramírez y Uribe, coord., 2008; Kaufman, s/f en red). Pero al mismo tiempo que se va reconociendo esto, también se reconoce que es fundamental cuidar que quienes trabajan con hombres, lo hagan desde la claridad de los principios de la perspectiva de género, pues de otra forma, podrían perpetuarse los estereotipos y diferencias de género, que han mantenido la violencia contra las mujeres (Vargas, 2009). Algunos otros investigadores y facilitadores, sugieren en consecuencia, que los facilitadores sean “pro-feministas”, en el sentido de que tengan claro los derechos de las

mujeres y la equidad de género, al momento de trabajar con hombres<sup>27</sup>. Si bien considero que asumirse o definirse como “feminista”, siendo hombre o mujer, no garantiza que mantengamos relaciones respetuosas e igualitarias, lo que de esto se rescata, es el cuidado que hay que tener, como diría Rodrigo Cueva: “el compromiso con la equidad”, desde dónde sea que se esté trabajando.

Por tanto, en los siguientes capítulos se retoman otras narraciones hechas por los entrevistados, en las que ahondo más en la forma en la que se invita y se mantiene a la relación con estos hombres, tanto con quienes están convencidos de que pueden ser diferentes, como por quienes muchas veces acuden a estos servicios inicialmente por sentirse amenazados porque la pareja los va a abandonar.

Continuando con estos significados sobre el rol del facilitador, desde lo que se siente y experimenta, comparto ahora dos narraciones que subrayan el cansancio y sensación de soledad como consecuencia de este trabajo:

*Otra cuestión circunstancial fue que otro compañero, también tuviera esta misma inquietud, y ya no me sentía solo.*

**(Jorge Gómez)**

*Cansancio, aparte de que es un trabajo que se hace a una hora en que normalmente muchas personas no trabajan, y a la vez, estamos cargando cierto cansancio de todo lo que ya pasó en el día. Me quedo pensando, reflexionando de lo que pasó en la sesión, me acuesto pensando sobre lo que dijo este señor (...).*

**(Rodrigo Cueva)**

Retomo primero esta sensación del “sentirse solo”, pues Jorge tenía el interés y la curiosidad, pero nadie más que creyera que este trabajo era posible, o que quisiera intentarlo. La narración de Jorge rememora en mí un sentimiento similar a raíz de elegir trabajar sobre estos temas, y con esta población. Pensando en los entrevistados, y en

---

<sup>27</sup> Roberto Garda y Fernando Bolaños (Hombres por la Equidad A.C.: textos y Seminario sobre Varones y Género, realizado en Mérida, Yucatán, en 2008).

quien escribe, somos personas (todos psicólogos de formación profesional) que hemos estado interesados, trabajando, leyendo y haciéndonos preguntas, desde hace unos años, algunos de nosotros desde hace poco más de 5, otros 2 o 3 años. Y es que esta sensación de Jorge, y que en su momento compartí, es consecuencia también de lo inusual que era, hasta hace muy poco tiempo, conocer a personas interesadas o trabajando con hombres en la prevención de la violencia; menos aun en el tema de masculinidad(es).

Por su parte, Rodrigo Cueva toca un punto que es crucial en el trabajo con hombres, quizá desapercibido o descuidado, pero que además genera elementos que hay que tener en cuenta: “cansancio”, pues el trabajo, con grupos de hombres específicamente, se hace a una hora en la que por lo general la mayor parte de la gente no está trabajando (entre 7:00 y 10:00 de la noche), cuando además se trae el cansancio y agotamiento de todo el día. La mayoría de los grupos de hombres, funcionan de noche, esto porque es la hora en la que generalmente los usuarios ya han terminado sus jornadas laborales. De esta misma forma, los facilitadores habitualmente, antes de tener la sesión grupal, han tenido también una jornada de trabajo de al menos 8 horas. Benno De Keijzer y Gerardo Ayala<sup>28</sup>, han trabajado en el tema de prevención de la violencia y trabajo con hombres desde 1995, en las ciudades de Veracruz y Querétaro. Su organización “Salud y Género” ha generado una interesante propuesta de trabajo a partir del trabajo de la masculinidad, específicamente en el cuidado de la salud en el caso de los hombres.

Ambos han hablado (y han cuestionado) sobre cómo se cuidan quienes trabajan con

---

<sup>28</sup> Ayala, en Gloria Careaga y Salvador Cruz, 2009; Experiencia de trabajo con hombres en temas de género y salud sexual y reproductiva “Abriendo nuestros ojos” (2003) de Salud y Género; sesión de reflexión con Gerardo Ayala y 4 facilitadores de hombres, en octubre de 2009, en el Centro de Prevención y Atención a la Violencia Masculina (CEAVIM), del Ayuntamiento de Mérida. Conversaciones con Gerardo Ayala y Benno De Keijzer en junio de 2010, al asistir como docentes al diplomado “Género y Masculinidades”, convocado el CEPHCIS-UNAM y el Instituto Kanankil (enero a julio 2010), diplomado en el cual participé como co-coordinador y docente.



hombres, en la prevención y atención de su violencia. Para estos autores, trabajar en estos temas requiere de un importante auto cuidado, pero aun más al ser facilitadores hombres, ya que hemos crecido bajo la creencia y la práctica de no ir al médico, sino hasta el momento mismo de la crisis, o cuando ya es inevitable el dolor, antes, podemos aguantar, pues “somos hombres”. Si bien Rodrigo Cueva no habla de “aguantarse como hombre”, sí habla del cansancio, producto de este trabajo, de las horas en las que por lo general tiene que hacerse, y esto lleva a cuestionar qué opciones y alternativas tienen y deberían de tener los hombres que trabajan con hombres, específicamente, en el cuidado de su salud. Creo que todavía está pendiente encontrar o generar una propuesta que integre horario, atención y auto cuidado, tanto para facilitadores como para usuarios.

Sin duda, hablar de lo que significa ser un facilitador, de un grupo de hombres, que se reúnen a trabajar alrededor de sus prácticas de violencia en sus relaciones de pareja, siendo además hombre, implica una diversidad de experiencias, pensamientos, sentimientos y reflexiones. Si bien, como en toda investigación cualitativa, los resultados no son generalizables; sí creo que pueden ser “generadores” de nuevas ideas, posturas y actitudes en la práctica profesional, que fortalezcan los objetivos de la misma, y la experiencia de quien “porta el rol” de facilitador.

Finalmente, cuando hablamos del sentido y significados de *ser facilitador* de un grupo de hombres, queda una pregunta pendiente de atender: ¿Quién es un facilitador de grupo de hombres? ¿Existe un perfil para ser facilitador de un grupo de hombres? ¿Cómo debe ser un facilitador?

## CAPITULO IV

### **“Mi principal herramienta soy yo”**

#### El trabajo personal como herramienta profesional

A partir de la pregunta “¿qué ha significado para ti ser facilitador de un grupo de hombres que ejercen violencia?”, además de los expuestos en el capítulo 3, uno de los significados emergentes fue el *trabajo personal*, es decir, el trabajo que como facilitador hacen con ellos mismos, con sus personas, de una u otra manera.

Aun cuando sigue siendo parte de sus significados, decidí presentarlo en un capítulo diferente, por el valor y sentido que ellos mismos (y la propia literatura) le han dado a este aspecto. Es por esto que el presente capítulo presenta el sentido que ha tenido para los facilitadores que trabajan con hombres, abrir y tener un continuo espacio de reflexión personal.

El primer apartado, *¿un perfil de facilitador?*, rescata algunos de los esfuerzos que se han hecho por tratar de definir y delimitar quién es y puede ser facilitador/a de grupos de hombres. A la par de lo que señala la literatura especializada en atención a hombres que ejercen violencia, están también las ideas de los co-investigadores, los entrevistados, quienes también comparten sus definiciones sobre quién es (o quién no) un facilitador de grupo de hombres.

El segundo apartado busca precisamente rescatar *el valor del trabajo personal*, como una fuente de aprendizaje y de insumos, tanto para la propia vida de los facilitadores entrevistados, como para su práctica profesional. A lo largo del capítulo, surgen también diferentes ideas y reflexiones sobre el poder, como limitante... como recurso.

**a) ¿Un perfil de facilitador?**

A continuación comparto qué plantean los textos, y los facilitadores, participantes de esta investigación, sobre si hay o no un *perfil de facilitación*, y qué incluiría éste.

Los textos señalan algunos elementos que son necesarios considerar para que alguien sea facilitador de un grupo de hombres que ejercen violencia. En este sentido Mauro Vargas (2009) en su reciente trabajo de establecimiento de lineamientos en el trabajo con hombres que ejercen violencia, plantea en su introducción que la intervención reeducativa con hombres que ejercen violencia no tiene un perfil ni exclusiva ni predominantemente psicológico. Al parecer, no tendría por qué tratarse exclusivamente ni de un psicólogo, ni de un maestro, ni de un terapeuta; se trata más bien de un facilitador, pues su principal labor es clarificar y acompañar el proceso de autodescubrimiento y cambio de otros, en este caso de los participantes o usuarios (Vargas, 2009).

Además de esto, el mismo autor, cuando habla de las recomendaciones que deberían de seguirse al momento de trabajar con esta población (lineamientos generales), plantea que sería ideal que los equipos operativos de estos programas fueran exclusivamente de profesionales que hayan sido formados/as, titulados/as y/o especializados en ciencias del comportamiento y/o psicología clínica. Como puede notarse, en su definición incluye a las mujeres dentro del perfil de facilitación, señalando que su estudio no excluye el que las mujeres puedan participar en el desempeño de este papel, al retomar algunas recomendaciones de otros especialistas, en que los programas puedan contar con dos co-facilitadores: un hombre y una mujer capaces, con la finalidad de tener ambas miradas (Vargas, 2009; Goyri y Moreno, 2008, en red).

Facilitar un proceso, tener una formación profesional, pero sin ser un requisito, y estar acompañado de facilitadoras mujeres, fueron aspectos que los participantes de esta investigación también señalaron:

*(...) te hablo desde mi experiencia... no sé, (...) siempre he pensado que todos merecemos una oportunidad, a mí me la dieron.*

*En este tiempo estaban las facilitadoras, compañeras, también eso me ayudó un poquito más, en cuanto a poder empezar a observar experiencias diferentes.*

**(Rodrigo May)**

*(...) Co-facilitar con una mujer, o en algún momento hacerse como un espacio de reflexión del proceso del grupo, con una mujer, porque a veces hay cosas que sí se nos van del ojo a los varones.*

*Pienso que no hay como que un requisito o un perfil del facilitador. (Jorge Gómez)*

Independientemente de las diferencias entre los diversos modelos de intervención, todos coinciden, en sus objetivos, en promover en los hombres la responsabilización sobre sus actos de violencia, detener su uso, cuestionar y desarticular el sistema de creencias hegemónicas que sustentan estas prácticas (modelo hegemónico masculino, como se explicó en el capítulo anterior), así como la promoción de procesos de cambio que inviten a generar nuevas formas de relación entre los hombres y las mujeres, entre todas las personas (Ramírez, 2005; España, 2008; Vargas, 2009).

Pensando en estos objetivos comunes, es que se sugiere, idealmente, que todos/as los/las facilitadores/as y/o supervisores/as pasen por un proceso de formación y capacitación y/o hayan egresado del propio modelo en el que colaboren, y que esto pudiera contribuir a un estilo de trabajo más empático y congruente con los usuarios participantes (Vargas, 2009). Muchos otros modelos, han planteado como requisito, que sus facilitadores sean sólo “egresados” del propio modelo (Ramírez, 2005).

De igual modo, se ha recomendado mucho que los criterios que definan el perfil de las y los facilitadores, se complementen con un inciso que promueva su participación vivencial y su formación teórico-metodológica en un modelo reeducativo especializado tanto en la disminución como en la erradicación de la violencia masculina desde la perspectiva de género. Aunque como se ha señalado antes, otros autores piensan que no es estratégico hablar de la erradicación, pero sí de la disminución (Cervantes, Garda y Liendro, 2002; Bolaños, en Garda y Huerta, 2007).

*Siento que al menos los facilitadores que ya llevan un tiempo con ese trabajo, creo que serían muy buen filtro, para poder observar qué tanto la persona que busca entrar en esto, ver... no sé, al menos el compromiso de llevar este tipo de trabajo.* **(Rodrigo May)**

Pareciera que para Rodrigo, la decisión y compromiso de hacer esto, sería fundamental para quien desempeña este rol. Como señalo líneas atrás, son varias las observaciones que se han hecho con respecto a quiénes pueden y deberían ser facilitadores (o facilitadoras<sup>29</sup>), y como dice Bolaños (en Garda y Huerta, 2007) como parte de su investigación sobre aspectos que promueven o dificultan el proceso de cambio de los hombres de estos grupos, continuamente la formación y preparación de los facilitadores es puesta en discusión, por los propios usuarios y participantes de estos grupos.

Paralelo a esto, una de las propuestas de Daniel Ramírez, a partir de su investigación sobre modelos de atención a hombres que ejercen violencia, es que debiera de constituirse

---

<sup>29</sup> Aprovecho este momento para hacer una puntualización: a lo largo del texto he hablado más de *facilitadores* (varones), por ser los hombres quienes por lo general trabajan con hombres. Al menos en el caso de Yucatán, de las experiencias conocidas y compartidas, hasta 2008, eran menos de 5 mujeres quienes habían tenido o estaban teniendo, una experiencia de trabajo con hombres en estos temas; por el contrario, éramos poco más de 20 hombres que nos desempeñábamos (o se estaban formando) como facilitadores de grupos de hombres (“Seminario sobre Varones y Género”, realizado en Mérida, Yucatán, en 2008, impartido por “Hombres por la Equidad, A.C.”). Las demás mujeres asistentes a este Seminario, estaban comenzando a interesarse por incursionar en el trabajo con hombres.

un código ético para el trabajo con hombres en el tema de violencia masculina de tal forma que exista un documento que delimite los compromisos sociales y personales que incluye abordar este tema, ya que, como es el caso de varios modelos de intervención, no se requiere necesariamente de personas con un perfil profesional mínimo (2005).

*(...) si nos viéramos muy esquemáticos en este rollo de conocimientos, habilidades y actitudes: con conocimientos, yo creo que lo básico, lo básico, creo que conocimientos de la teoría de género, y de perspectiva de género, masculinidades; en habilidades, ser respetuoso, conmigo mismo, y también con el proceso del grupo, tener capacidad de escucha y... no sé, pensaba un poco en la... eso sería como lo básico... y otra cosa, siempre hay que ser valiente, en el sentido de que a veces... a veces nos tentamos en aliarnos, siento que cuando un varón facilita un grupo, con varones, es fácil caer en la alianza. (Jorge Gómez)*

*(...) tener cierto conocimiento o sensibilización acerca del tema de la violencia, y no me refiero a "violencia es... ", sino a conocer, observar, cómo desde una relación con un compañero, o compañera, o en una relación con el esposo, el hijo, o la hija, cómo desde todas estas relaciones podemos estar entrando en relaciones de violencia. (...) que hayan tenido la oportunidad de reflexionar acerca de las relaciones de violencia, mucho de llevar esto al campo de las relaciones de género, y cómo unos hemos tenido la capacidad de ejercer sobre... más que otras personas.*

*(...) me imagino que te diría que también sería importante que tuvieran cierta experiencia en el trabajo grupal; y por experiencia me referiría a cualquier cosa, no sé, el grupo de la iglesia, dando cursos, capacitación... haber tenido esa oportunidad de trabajar y reflexionar con otras personas. (Rodrigo Cueva)*

De aquí que tanto Jorge Gómez como Rodrigo Cueva, contemplen estos conocimientos, habilidades y actitudes mínimas y necesarias para desempeñar esta función. Quisiera compartir que, parte de lo que aquí escribo de Rodrigo y Jorge, surge de diferentes pláticas y encuentros académicos y de colaboración en los que hemos coincidido. Desde ahí, es que me permito escribir que ambos hablan desde su experiencia práctica y teórica. Hasta el momento de las entrevistas, ninguno de ellos comentó haber pasado antes por un número mínimo de horas de capacitación, aunque sí la han recibido; ninguno refirió haber egresado de algún modelo de intervención con hombres que ejerzan

violencia, pero conocen de los contenidos, tanto de los aspectos teóricos como prácticos del mismo; y en el caso de Rodrigo May, a alguno de ellos le tocó estar del lado de los usuarios en algún momento de esta formación<sup>30</sup>.

Considero que en respuesta a estas observaciones y experiencias tan diversas, es que se elabora en 2009 esta serie de lineamientos para el trabajo con hombres que ejercen violencia (Vargas, 2009) Aunque existe también un marco de referencia legal, de reciente aparición en nuestro contexto; es decir, en México existen parámetros de lo que sí se puede y “lo que no se puede hacer” en la atención y prevención de la violencia, pero son más específicos y están más desarrollados los lineamientos relacionados con el trabajo hacia las mujeres (LGAMVLV<sup>31</sup>) en cuanto a sensibilización y concientización de la violencia, empoderamiento y construcción de redes sociales.

Por todo esto, cuando leo y pienso en estas recomendaciones, investigaciones y en las voces de quienes están trabajando con hombres que ejercen violencia, creo que *sí* es importante hablar de un *perfil*, pero no desde una postura o mirada cerrada o esquematizada únicamente, es decir, no desde una lista de criterios que deban cubrirse *ad pedem literae* ya que está demostrado que los criterios que siguen los distintos abordajes y experiencias de intervención con hombres, son diversos y poco unificados. Coincido en este sentido en tener una guía o líneas (Vargas, 2009) que orienten las acciones, las capacidades, potencialidades y compromiso de quienes realizan esta labor. Las experiencias y reflexiones de Rodrigo May, Rodrigo Cueva y Jorge Gómez, resaltan este

---

<sup>30</sup> Modelos como el MANALIVE, CECEVIM y el POCovi plantean que quienes desempeñan el papel de facilitadores deben haber pasado por el propio proceso del modelo. Otros como el EMERGE, DULUTH y el COMPADRES, piden que sus facilitadores hayan sido formados en estos temas, así como en los propios modelos. En el caso del modelo PHRSV (que sigue en ayuntamiento de Mérida), es necesaria la capacitación con un número de horas mínimas, en los niveles del programa, y resulta deseable y muy valioso si el facilitador pasó por el propio grupo, como usuario (Ramírez, 2005).

<sup>31</sup> Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, publicada el 1° de febrero de 2007 en el Diario Oficial de la Federación. Reformas del 20 de enero de 2009 (en red).

mismo cuestionamiento: “¿quién es un facilitador?” No niegan ciertos elementos, pero hablan, insisto, desde sus propias vivencias profesionales. Sus fortalezas como facilitadores van más allá de la capacitación formal; hablan de y desde un compromiso por el trabajo que realizan, lo cual ha rendido frutos y generado procesos de cambio en los usuarios con los que han trabajado (Goyri y Moreno, 2008, en red; 2009).

#### **b) El valor del trabajo personal.**

Comparto ahora un aspecto que ha mostrado suma importancia, tanto en la literatura, como en la voz de los entrevistados, y que por lo visto tendría que ser parte del llamado *perfil de un facilitador (facilitadora)* de un grupo de hombres que ejercen violencia: el trabajo personal.

En los lineamientos propuestos por Mauro Vargas (2009), como fruto de diversas entrevistas hechas a facilitadores/as del país, rescata que haber pasado por un proceso de auto reflexión acerca de la propia violencia y asegurarse de ya no cometerla física, sexual, económica o verbalmente, permitiría a facilitadores/as y supervisores/as fortalecer el desarrollo de las características personales sugeridas para su perfil, es decir, poseer una disposición permanente al cambio y a la superación personal, así como un interés por participar activa y reflexivamente en espacios de supervisión especializada, tanto como un compromiso personal permanente con la congruencia en los distintos espacios en los que se desenvuelve (Vargas, 2009).

Hasta el momento, se ha explicitado mucho esta necesidad de contar con un perfil, y que dentro de este, el trabajo personal, la reflexión de las propias vivencias y de la masculinidad, así como de nuestras propias prácticas de violencia y abuso de poder, sean parte de esta introspección del facilitador.



Ahora quisiera compartir lo que ha sido y significado mirarse como hombre, al ser un facilitador de grupos de hombres. En palabras de Rodrigo May, este trabajo personal, sería el eje del “perfil” de un facilitador:

*Por eso yo no sé si podría dar un perfil, porque a lo mejor yo podría decir, a lo mejor este cuate no es para esto, pero a lo mejor pudiera ser que sí, y yo estuviera equivocado, pero si tuviera que darte un perfil mínimo (...) es el trabajo personal.*

*(...) Cuando empiezas a observar, que al fin y al cabo somos hombres que trabajamos con hombres (...), a partir que empiezas a observar tu propia dinámica como hombre, si hay cosas que cambian, si hay perspectivas que empiezas a observar (...), y no sólo lo digo yo, los mismo usuarios cuando empiezan a llevar su proceso lo mencionan: ‘como que es una venda que se me quitó de mis ojos, y a partir de ahí empiezo a observar las cosas desde otro punto de vista’. (...) no sé, al menos el compromiso de llevar este tipo de trabajo.  
**(Rodrigo May)***

Desde la reflexión de Rodrigo May, la invitación es estar atentos a nuestra forma de ser hombres, pues trabajando con hombres, podríamos mantener y reproducir estereotipos y relaciones desiguales si somos “ciegos” (si no nos “quitarnos la venda de los ojos”) a estos elementos.

Victor Seidler (1989, en Careaga y Cruz, 2006), también se suma a esta insistencia y necesidad de que los investigadores y activistas, relacionados al tema de la equidad de género, e intervención con hombres, mantengan un trabajo personal de modo que puedan reflexionar sobre su propia condición de hombres y en cómo estas intervienen en su quehacer.

*El facilitador con el que empecé, me incluía dentro del trabajo con los hombres como usuario, y estar sentado del otro lado, cambia totalmente la perspectiva, estar sentado y empezar a observarte... es una experiencia completamente diferente a cuando estás frente a los usuarios. (...) creo que el estar como usuario me permitió mucho hacer eso, el que me hayan dado la oportunidad de estar con los compañeros, con estos hombres que ejercían violencia.*

*(...) que hay mucho dentro de sus historias, que vienen conmigo. (...) sí me identifiqué en ciertas cosas con ellos; si me repercutió mucho, empezarme a cuestionar a mí mismo; poder entender parte de mi propia vivencia me ayuda muchísimo y todos los días cuando trabajo con hombres, hago un trabajo personal.*

*Empezarme a cuestionar a mí mismo, qué sucede conmigo. En el ámbito profesional me ayudó muchísimo, porque para mí va mucho de la mano, qué tanto hago de mi trabajo personal conmigo mismo, y cómo esto se refleja en mi trabajo profesional. (Rodrigo May)*

Las palabras de Rodrigo evidencian el valor que tuvo y ha tenido para él, el hecho de estar trabajando consigo mismo como persona, como hombre, al mismo tiempo que lo hace con los usuarios. Para él eso ha sido importante y fundamental, pues antes no lo había hecho, y piensa que es útil y necesario para este tipo de trabajo, tal y como lo indican los textos especializados. Y así lo expresan los otros entrevistados:

*Porque a final de cuentas yo crecí mucho, crecí mucho como hombre, como psicólogo, como facilitador de grupo, como persona de la secretaría de salud, crecí en muchos ámbitos. (Jorge Gómez)*

*Ese tipo de cosas que me llevo a reflexionar, a partir de una particularidad me sirve para pensar en generalidades y viceversa, ya sea para trabajar, o para relacionarme, o para ser, mi principal herramienta soy yo... lo aterrizo en mi persona.*

*(...) es un poco de esto que te decía en el principio, de qué tanto lo que se comenta aquí yo lo comparo con lo que he vivido, o que conozco que alguien ha vivido. (Rodrigo Cueva)*

Cuando Rodrigo Cueva decía esto, se refería a lo que él constantemente se lleva del trabajo de las sesiones grupales con hombres. Él dice que toda la información que ahí se genera y se comparte, la toma para sí mismo sirviéndole personalmente, pero también profesionalmente, con el mismo grupo.

A continuación comparto varias ideas generadas por un solo entrevistado, Rodrigo May, pero que me parecen describen de una manera muy especial, desde la vivencia personal en sí, los beneficios y posibilidades que ha obtenido a partir de *permitirse* hacer este trabajo personal:

*Como facilitador, algo que me ha dado mucho gusto, es no solamente el trabajo de investigación y de prepararme, sino el trabajo personal, siento que me ha ayudado mucho en el trabajo con ellos, y con ellas también. (...) siento que me da otra perspectiva, siento que me hace falta más, esto es un aprendizaje de día con*

*día, y cada experiencia de cada hombre y de cada mujer es completamente distinta.*

*Cuando me permito trabajar con estos hombres, y poder ayudarlos dentro de su proceso, al menos a mí me hace sentir bien; en mayor o menor medida, hago un proceso de cada experiencia de cada uno de ellos; me llevo... eso para mí es enriquecedor. Si pudiera darle un sentimiento: me siento bien.*

*(...) para mí va mucho de la mano, qué tanto hago de mi trabajo personal conmigo mismo, y esto cómo se refleja en mi trabajo profesional. Fue algo que fui descubriendo, de verdad no me esperaba nada de esto, no me imaginaba... algo muy positivo, algo muy rico, y no, no me lo esperaba.*

**(Rodrigo May)**

Nuevamente celebra este encuentro consigo, a partir del encuentro con los otros; rescata y celebra los beneficios prácticos que ha tomado de trabajar consigo mismo como hombre. Y en el siguiente comentario, explica cómo descubrió que era realmente importante:

*Algo que a mí me llegó mucho: empezar a observar que independientemente de mi profesión, chispas, no hay mucha diferencia entre estos cuates y yo...*

*Al principio sí me sentí un poco incómodo, por esta cuestión de que no había hecho un trabajo demasiado profundo conmigo mismo. Cuando empecé a observar, que no era muy diferente a esos compañeros que están a mi lado... me empecé a sentir mejor, porque empecé a tocar cosas que no me había permitido trabajar, y estando ahora del otro lado como facilitador... me siento muy bien.*

**(Rodrigo May)**

“No soy tan diferente a esos compañeros”, no somos tan diferentes a los usuarios. Nuevamente me pregunto, ¿qué nos hace facilitadores de un grupo de hombres?”. No es sólo un título, no es sólo la formación teórica y práctica. Ser facilitadores, como señala Vargas (2009), implica *facilitar*, promover un proceso; proceso que, en mis palabras, es compartido por y con otros. En este sentido, qué diferencia hay entre esos hombres que tienen que trabajar a nivel personal, y quienes están del otro lado (los/as facilitadores/as). Creo que Rodrigo lo retoma de una manera muy especial. Ha experimentado el beneficio de mirarse a sí mismo, de cuestionarse como hombre, desde nuestra cultura en la que se

nos ha dado mayores privilegios, poder, etc., y esto le ha permitido aprender, compartir y facilitar otros procesos:

*El trabajo con hombres sigue siendo una motivación porque con cada hombre con el que trabajo, Rodrigo crece y aprende un poco más ya que cada experiencia es única y maravillosa.*

*A veces mi mayor reconocimiento es escuchar a un hombre que dice... a partir de hoy, o a partir de que estoy empezando a llevar mi proceso, mi vida es diferente, a veces es mi mayor motivación.*

**(Rodrigo May)**

El trabajo personal, además de ser un espacio desde el cual está abierta la posibilidad de reflexionarnos como hombres, se vuelve también un generador de insumos para el propio trabajo profesional. Es esta una importante relación entre los significados de lo que es valioso e importante en el rol del facilitador, a nivel profesional, y la necesidad y riqueza de hacer un trabajo personal, que a su vez, retroalimenta el desempeño de su papel en el trabajo con los usuarios.

Así mismo, quisiera retomar por último, las reflexiones de uno de los entrevistados, que si bien no son generalizables a los otros dos, me parece que en la experiencia de ser facilitador, podrían ser cuestionamientos que otros u otras llegaran a tener o experimentar:

*De repente habían sesiones que se tocaba un tema en particular, que yo sentía que me... rondaba, que me calaba... uno de mis grandes retos era tratar de diferenciar mis propios rollos, de los rollos de los demás compañeros del grupo, de tal manera que no utilizara ese espacio para mí, porque sentía era exclusivo, no debería de hacerlo. Eso es lo que yo pensaba, en el sentido de que a lo mejor me pudiera estar... sí reflejando en la experiencia de este compañero.*

*Yo trataba de que las cosas me quedaran claras, de tal manera que no secuestrara el proceso del grupo y los demás compañeros, con algo que tenía yo que trabajar conmigo mismo, que si bien el espacio me podía servir para darme cuenta, sentía que no era como que, como que hablaba algo más mío, era algo que tenía que ver conmigo, y no se relacionaba con el proceso del grupo.*

**(Jorge Gómez)**

Jorge habla de mirarse en las experiencias y vivencias de los usuarios. Decido compartir esto en este capítulo, por ser precisamente una probable característica de este trabajo. De entrada, no lo creo exclusivo del trabajo con hombres, pues cuando se trabaja con grupos de personas, o de manera individual, las oportunidades de verse reflejados/as en las historias de los otros/as son realmente amplias, además de ser una situación común, desde mi experiencia.

En este sentido, me parece un cuestionamiento interesante para retomar, pues considero que se trata de un hecho, al que difícilmente se puede “escapar”, es decir, trabajar con las vivencias e historias de los otros/as, es una continua oportunidad para mirarnos a nosotros/as mismos/as, una posibilidad a realizar este *trabajo personal* del que se habla, como señala Rodrigo May:

*El conectarme, con las experiencias por las que he atravesado, con las experiencias de los usuarios, siento que a lejos de entorpecer, con eso de la transferencia, me permite entenderlos un poquito más, sin en algún momento justificar, eso me queda claro. Me permite y me doy la oportunidad de empezar a entenderlos, sin justificar... desde todos los lados posibles. (...) Buscar de esta persona, todos los puntos en los cuales yo pueda ayudarle a salir, o a llevar su proceso.*  
**(Rodrigo May)**

Tal parece que las experiencias de Jorge y de Rodrigo, en este sentido, son un tanto diferentes. Para Rodrigo, el darse cuenta de estas similitudes, le ha sido útil; lo ha aprovechado para beneficio personal, como también beneficio profesional, en el propio trabajo con los hombres. Recordando los comentarios de Rodrigo, en relación con qué le significa ser hombre (capítulo 3), él menciona mucho la necesidad de escuchar más allá de los textos, de mirar más allá de “hombre igual a violento”. Desde sus palabras, el reconocerse dentro de las narraciones e historias de los usuarios, ha enriquecido su práctica, al igual que su vida y sus relaciones. Para Jorge, también ha sido útil mirarse, y

aprovechar esto para trabajar consigo mismo, aunque también habla desde cierta incomodidad cuando piensa en salir beneficiado del proceso, sin ser esa la “intención directa”:

*Porque a final de cuentas yo crecí mucho, crecí mucho como hombre, como psicólogo, como facilitador de grupo(...), crecí en muchos ámbitos, pero no es el fin principal del proceso del grupo, creo que muchos, tanto de los que facilitamos, como de los que forman parte del grupo, pues recibimos cosas, pero desde mi punto de vista, no ese era el objetivo, yo también tenía que ser muy respetuoso del proceso para no secuestrarlo tanto para mí.  
(Jorge Gómez)*

Leo esto y pienso: “sí, me sirvió, crecí, me ayudó mucho... pero no está bien”.

Algo que los tres participantes de esta investigación identificaron como valioso, fue y ha sido el poder trabajar consigo mismos, beneficio que han decidido aprovechar personal y profesionalmente, como parte de la relación con los usuarios, y de las reflexiones compartidas sobre la violencia y la masculinidad. Sin embargo, cuando leo a Jorge, pienso en su cuestionamiento, y creo que es tan importante como el de Rodrigo, al decir que no le preocupan el discurso de la “transferencia y contratransferencia”, ya que de estas reflexiones sobre sí mismo, ha obtenido más insumos, que limitantes.

Me parece que lo que Jorge plantea, es una especie de “alerta” útil, para cualquier persona que trabaja en atención a grupos, en el caso específico de trabajo con hombres, en términos de que, sabiendo que trabajar con hombres, es una constante oportunidad de pensar y repensar la propia masculinidad y forma de relacionarnos, hay que estar atento a no utilizar el espacio, sólo para nuestra voz como facilitadores, ya que es un espacio compartido, y que, en principio de cuentas, debe ser para los usuarios. Facilitador y usuarios; ambos hombres, ambos con historias probablemente similares desde la construcción de la masculinidad. Sin embargo, nuestras intenciones en el interior del

grupo son diferentes, no opuestas, pues sin duda ambas partes pueden aprender de todos y de todo; pero siguiendo con la idea de Jorge, la postura del facilitador, es precisamente generar y promover ciertos procesos, que faciliten ciertos cambios (Vargas, 2009). Es de esta forma que encuentro sentido y utilidad a las palabras de Jorge, en mantener claridad de lo que define el rol del facilitador, como un hombre más del grupo, pero una responsabilidad diferente (ni más, ni menos importante) de los otros compañeros del espacio.

Para finalizar, quisiera rescatar un lineamiento más sobre quienes facilitan el trabajo con hombres que ejercen violencia, y que además se relaciona con la reflexión anterior. Se trata de una advertencia que algunos expertos o profesionales dedicados a la atención de hombres que ejercen violencia, han hecho sobre la “patologización”. Se espera que quienes desempeñan este rol, mantengan un constante análisis colectivo de casos que favorezcan la *patologización* del comportamiento violento en los hombres, y que en consecuencia, dejen de lado las dimensiones socio-estructurales de este problema de salud (Vargas, 2009). Es decir, se refiere a cuidar no caer en la psicologización de las prácticas violentas, pues podría dársele un lectura de tipo conductista o desde el inconciente, dejando por fuera las causas sociales que la sostienen (Cervantes, Garda y Liendro, 2002; Vargas, 2009).

Respecto a esto, en el trabajo realizado en 2008 (Goyri y Moreno, 2008 en red), señalo que esta visión de cuidado de no *psicopatologizar*, responde a una visión de la psicología, desde la cual, las explicaciones estaban dadas principal o únicamente desde la conducta y la psicodinamia. Sin embargo, desde hace poco más de 30 años, estas visiones se han ampliado, enriquecido, y han aparecido otras, que incorporan en sus referentes filosóficos y teóricos elementos sociales y políticos, como la perspectiva de género y los

derechos humanos. Es desde estas nuevos referentes teóricos, que haré el análisis del capítulo cinco, resaltando, ya no la conducta o el inconciente de los usuarios y facilitadores (*psicopatologización*), sino las relaciones que se dan al interior del grupo y del proceso, como generadoras de alternativas y soluciones.

Hacia el final de este capítulo podría decir que, cuando se habla de ser facilitador de un grupo de hombres que ejercen violencia, con la intención de construir nuevas formas de relación basadas en la equidad y el bienestar integral, pienso que no se puede hablar de sólo un “perfil de facilitador”, en términos de capacidades, habilidades y conocimientos específicos, esperando que ello garantice y defina el trabajo con estos hombres.

Entonces, ¿qué facilitador ser?, ¿cómo ser facilitador? Desde mis reflexiones, enriquecidas ahora con las reflexiones de los entrevistados, pienso que los perfiles que tratan de definir las características y funciones de un facilitador de grupos de hombres, son necesarias, una importante guía; pero no creo que sean las únicas, como tampoco creo que reflejen completamente las implicaciones y posibilidades en el quehacer de un facilitador/a. Se trata de información “objetiva”, es decir científica, ya que se ha “comprobado” que ayuda para los fines que se buscan en el trabajo con hombres... o al menos, se plantea a modo de lineamientos por ser los que se piensan como mínimos y necesarios. En este sentido estoy cada vez más claro en pensar que, además de estos elementos que he llamado objetivos, están otros de tipo “subjetivo” (experiencial y relacionales), que matizan este rol y le dan la posibilidad de hacerlo aun más efectivo.



## CAPITULO V

### “Redefinir mi posición como facilitador”

Construcción de relaciones entre facilitadores y usuarios.

En el presente capítulo, expongo aquellas ideas que, siendo parte de los significados y experiencias del *ser facilitador* de un grupo de hombres que ejercen violencia, se resaltaron por tratar de las relaciones que se dieron al interior de trabajo grupal, entre facilitadores y usuarios, así como algunas reflexiones que los facilitadores hacen de estas experiencias relacionales.

El capítulo presenta la información en tres partes: a) ¿Qué sabemos de la vida de los otros?, b) ¿Con quiénes decimos que nos estamos relacionando? y c) Relaciones cercanas, relaciones transformadoras.

#### **a) ¿Qué sabemos de la vida de los otros?**

En la experiencia de los entrevistados, la relación con los usuarios fue algo inherente al trabajo de facilitación. Sin embargo, quisiera compartir cuando hablo de la construcción de la relación, me refiero a todo lo que se generó más allá de lo inherente. Más allá de lo determinado, de lo esperado y lo previsto. Los facilitadores participantes de esta investigación, fueron experimentando diversas ideas y sensaciones como producto del rol, sí; pero también como resultado de los encuentros con estos usuarios.

Quisiera comenzar compartiendo algunas reflexiones de autores como Michael Flood y Michael Kauffman, quienes subrayan el trabajo con hombres, como una necesidad y condición para la equidad de género, para las relaciones equitativas. Michael

Flood, (en Ramírez y Uribe, 2008) cuando habla de cómo involucrar a los hombres en el tema y prevención de la violencia dice que es necesario crear ambientes que fuera de juzgar, propicien y generen discusiones y diálogos abiertos. El mismo autor enfatiza que hablar de violencia no es algo que sólo compete a las mujeres, sino es un asunto que compete a mujeres y hombres; un tema en el que ambas partes (todos y todas) debemos estar involucrados; un problema que nos interesa a todos y todas. De igual modo Kauffman (s/f, en red) señala que invertir en programas de intervención y atención con hombres no significa desviar recursos “de las mujeres”, sino contribuir al mismo fin, sumando esfuerzos.

Empiezo con esto, ya que me parece que la relación que los facilitadores han podido establecer con los usuarios, en primera instancia, se ha podido dar como consecuencia de ver el trabajo con hombres, como esta necesidad, así como una riqueza<sup>32</sup>; para poder mirar esa riqueza, hay que confiar y creer que trabajar con los hombres, no sólo es una oportunidad, sino una necesidad:

*Hay muchas maneras de relacionarnos y vivir, entonces el permitirme conversar, escuchar, hablar con otros hombres, me ha permitido conocer esas diversidades de experiencias. Esa gama de posibilidades que podemos conseguir compartiendo con otros hombres. (Rodrigo Cueva)*

En sus significados (capítulo 3) Rodrigo Cueva decía que trabajar con hombres ha significado curiosidad y oportunidad, por ver si los hombres querían reunirse a hablar, y por creer que cuando se trabaja con un hombre, se trabajaba con más personas relacionadas a él. De antemano, él ya consideraba útil y propicio este trabajo; y es entonces que subraya el valor que para él han tenido las palabras, los encuentros y las

---

<sup>32</sup> Narraciones de los facilitadores, en el capítulo tres.

experiencias con estos usuarios. Cuando leo esto, pienso en las ideas de Chris Kinman<sup>33</sup> (Summer Institute, Playa del Carmen, 2009) cuando habla de que las palabras y los encuentros con el otro/a son como regalos. Estos regalos u ofrendas que se ponen en la relación, tienen la característica que se dan, se reciben y se devuelven en la relación, en comunidad. Ofrendas con muchas direcciones, en donde todos/as son beneficiados de alguna forma. El mismo autor, reflexiona sobre las profundas conexiones en las que todas las personas nos encontramos, siendo éstas, grandes oportunidades de construcción de nuevas posibilidades y de nuevas formas de relacionarnos también.

Como parte de este proceso relacional, se sucedió entonces la experiencia de sentirse y reconocerse como “no expertos” de la vida de los otros y del proceso grupal, y de mirarse entonces como colaboradores.

Jorge Gómez compartió un cuestionamiento que le hicieron alguna vez por un usuario, situación que al parece, lo puso a pensar en su práctica: ¿qué lo hacía ser a él un facilitador, de un grupo de hombres?, ¿quién era él para decirle (decirles) cómo llevar su relación de pareja?:

*Es una pregunta que en ese momento me noqueó un poquito: ‘¿tú cómo puedes decirme cómo llevarme con mi esposa, si no eres casado, cómo puedes decirme cómo, con mis hijos, sino tienes hijos, sino conoces ni has vivido los años que yo tengo?’; entonces, el hecho de no estar casado, ni tener hijos, ni la edad, pues me posicionaba a mí como que en desventaja, o sea, no era conocedor ni experto de esos temas.*

*Me di cuenta que: que no tenía esposa, pero que había tenido padres y que ellos habían sido esposos; que no tenía hijos, pero yo era un hijo, y había tenido experiencia como hijo, con hermanos y en relación hacia mis padres, y en algunos casos, con mis sobrinos pequeños había tenido esta figura paterna, y estaba totalmente convencido de que la edad no te hacía más ni menos sabio. Sé que soy diferente, y me hizo revalorar mis propias vivencias, de mis diferentes ámbitos; de mi familia, de mis amigos...*

**(Jorge Gómez)**

---

<sup>33</sup> Puede consultarse más sobre sus ideas y trabajo en <http://www.rhizomeway.com>

La experiencia de Jorge me parece reveladora, en el sentido de exponerlo (exponernos) al juicio de quienes nos ven como “expertos”, como quienes debemos saberlo todo, y que por el contrario, no siempre es así. Pensaba que, desde mi experiencia<sup>34</sup>, me he visto en esta situación de saberme diferente en experiencias, frente a otras personas (u otros hombres) con lo que estoy trabajando. Como dice Jorge, quizá no todos seamos padres, o esposos, o hermanos, o novios; pero como la mayoría de los hombres, hemos crecido con muchas de las ideas alrededor de la masculinidad, que al final, ha configurado de forma similar, nuestra forma de relacionarnos con las personas. ¿Qué es lo que sabemos entonces? Si no siempre podemos tener la misma experiencia que los usuarios con quienes trabajamos.

Al respecto del “saber de los/as profesionales”, retomo algunas ideas de Harlene Anderson (1997; Anderson y Gehart, 2007; s/f; 2009 en red) ha hablado del “no saber”, de la “curiosidad”, de las “comunidades colaborativas”, de “respeto” en los encuentros con el otro/a, y de la “tentatividad” en las relaciones terapéuticas (y en general en todas las relaciones). Habla de una forma de estar y de ser, pero no estática o que deba ser “medible” y reproducible. El conocimiento, por ende, no es estático, sino fluido<sup>35</sup> (Anderson, s/f, en red). Estas ideas, ideas que ha compartido desde su quehacer cotidiano, parten de una visión socio-construccionista, desde la cual cuestiona eso que llamamos “conocimiento”, señalando que éste está siempre inscrito en una historia, un contexto y una cultura determinada, en una experiencia, y por lo tanto, nuestras relaciones también. Siendo así, no hay un único conocimiento, ni una sola “realidad”, no al menos de manera

---

<sup>34</sup> Relatorías de diferentes sesiones con hombres, en una comisaría de la ciudad de Mérida. Archivos de Ciencia Social Alternativa, A.C., Kóokay.

<sup>35</sup> Ensayo sobre la Terapia colaborativa y el Enfoque Centrado en la Persona, de Carl Rogers, s/f.

“individual”, sino de manera compartida, construida a través del lenguaje y en las relaciones (Anderson, 2000; Anderson y Gehart, 2007).

No se trata de vernos o pensarnos como ignorantes o que al final, todo aquello que aprendimos “es falso”. Se trata de reconocer que todos y todas sabemos y conocemos, y de formas diferentes, pues nuestra diversidad de experiencias en tiempo, edad, género, etnia, contexto, etc., han configurado nuestros saberes. Desde esta postura, todas las personas involucradas en los encuentros y diálogos, tenemos las mismas oportunidades de sentirnos y sabernos importantes, y abiertos a aprender (Anderson, 2000; Anderson y Gehart, 2007).

Es decir, como facilitadores de un grupo de hombres, se sabe, y se sabe mucho; pero no se sabe todo. No se sabe todo de la vida del usuario. No se conocen las historias desde las cuales ha construido su idea de sí, de su pareja, de sus relaciones, de su ser padre. Suponemos, pues hemos leído, visto, escuchado incluso, otras historias, pero “no sabemos nada”, hasta que no comenzamos a preguntar y a interesarnos de la vida del otro/a. En el caso de Jorge, haber sido cuestionado desde su rol de facilitador (rol de experto), le provocó *redefinir* quién era, o qué implicaba ese papel que estaba desempeñando. Revaloró sus experiencias, diferentes a la de la mayoría del grupo, pero que también aportaban al proceso, al pensarse como un hombre “atípico” (como se señala en el capítulo 3), al poner de sí mayores expresiones de afectividad, por ejemplo.

*(...) Para ellos, yo era psicólogo, era un profesional y un experto, entonces tendría que tener todas estas cosas, como para realmente tener algo que enseñarles, qué decirles, y creo que esto me caló mucho también; me llevó a redefinir mi posición como facilitador (...), a final de cuentas me cayó el veinte de que pareciera de que el éxito dependía de mí, y pues no, la realidad era un trabajo que hacíamos todos.*

*(...) y me preguntaba si realmente tenía que ser el experto... y esta cosa de la responsabilidad. (...) a final de cuentas me cayó el veinte de que pareciera de que*

*el éxito dependía de mí, y pues no, la realidad era un trabajo que hacíamos todos.  
(Jorge Gómez)*

Desde una postura posmoderna – socio construccionista, se nos sugiere mantener una actitud crítica y cuestionadora sobre lo que llamamos *conocimiento*. Esto no significa que abandonemos, como decía antes, nuestros “pre-entendimientos”, cualquier conocimiento puede ser útil, pero se trata de tener claridad sobre que estos nuestros pre-entendimientos y conocimientos, están marcados por nuestras experiencias y contextos, mismos que nunca podrán ser los mismos que los de otra persona, por lo que es útil y grato estar abiertos al aspecto único y novedoso de cada persona. Aprender desde lo distintivo de los demás, y de sus vidas, directamente de ellos, mirando lo “familiar”, con ojos frescos (Anderson, 2000, en red).

Estas ideas me llevan a pensar también en: ¿qué cosas decimos y cómo las decimos? ¿Qué tan claro tengo las reacciones que mis palabras, nuestras palabras como facilitadores (“los profesionales”) tienen en los demás, en una relación facilitador-participante? ¿Qué de nuestras palabras y expresiones, sugieren a quienes nos escuchan, que queremos o sabemos por dónde guiarlos y decirles qué hacer sobre sus vidas? Las implicaciones de estas ideas no sólo son para efectos de intervención psicosocial, es decir, a nivel terapéutico, grupal, comunitario. Sus impactos son por supuesto relacionales en términos de lo cotidiano, más allá de títulos, de proyectos.

Debo comentar que para mí, el aspecto relacional reviste un papel fundamental en el trabajo con hombres. Más allá de dar información, de capacitar o incluso, de hacer una confrontación. Desde hace varios años me ha llamado mucho el conocer más sobre la forma en cómo un hombre se presenta, habla, se dirige y se relaciona, con otro(s) hombre(s), para evitar que éste siga ejerciendo violencia... para “reeducarlos”.

Cuando entonces integro la relación, junto con un estilo de facilitación desde el “no saber”, es decir, como un hombre que enseña, pero que también aprende, como un hombre que escucha las cosas de los otros, pero que también se permite que lo escuchen. Pienso que relacionarse, como facilitador, desde una posición de curiosidad, respeto y de “no saber”, es en sí mismo una manera diferente de ser y de construir conocimientos como hombre. El conocimiento, como señalaba en palabras de Harlene Anderson, se había definido como algo jerárquico, pues era conocimiento, sólo cierto tipo de conocimiento. Como facilitadores, guiar un proceso grupal desde una posición colaborativa y de aprendizaje comunal, muestra sin duda una forma diferente de relacionarse como hombre. Como comentan los entrevistados en el capítulo 3: ser facilitador de un grupo de hombres, es también mostrar nuevas formas de ser hombre, que a su vez es posible, gracias a que ellos han estado abiertos a mirarse y trabajar sobre sí mismos (capítulo 4). Mostrar, en la relación, que pueden aprender y enseñar todos, sin dejar de “confrontar” y “cuestionar”.

#### **b) ¿Con quiénes decimos que nos estamos relacionando?**

Cuando participamos de un encuentro, de estos procesos de diálogo y construcción, la mirada y juicio (valoración) que hago de mi contraparte, es pieza clave del proceso. ¿Con quiénes nos estamos relacionando? ¿Qué significa relacionarse con “hombres que ejercen violencia<sup>36</sup>”?

*Ante todo, independientemente de mi acción o de mi sexo, de: hombre igual a pene, maldito, cabrón, yo quiero ver a personas, personas que, creo que por el hecho de ser personas, tienen el derecho a decir: ‘(...) sí, creo que puedo ir por*

---

<sup>36</sup> Como se señaló en la “tercera invitación, no es suficiente definir a un hombre sólo desde la identidad o el discurso social del “hombre agresivo o perpetrador”. En los modelos de atención, actualmente se ha adoptado hablar más bien de los “hombres que ejercen violencia”, pues se parte del supuesto de que la vida de hombres y mujeres, puede modificarse, ya que no está “naturalmente” determinada (Mauro Vargas, 2009).

*otro camino y lo puedo hacer, y si estoy aquí para buscar ayuda; y si tú me puedes ayudar a hacerlo, creo que vale la pena el trabajo, antes de decir no'. (...) el cómo empezamos a observar las vivencias de otras personas, independientemente de su sexo... desde otra perspectiva, (...) no sólo verlo de cierta manera, o de la manera tradicional, sino tratar de enfocar el problema, hacia todas las direcciones que está viviendo este individuo.*  
**(Rodrigo May)**

En la experiencia de Rodrigo May, es muy interesante notar la forma en que ha decidido mirar y relacionarse con los usuarios. Por un lado hace referencia a lo que yo retomo de los textos como el discurso de una “identidad normativa (tradicional) de hombre”: el desgraciado, violento, maldito, etc.; discurso que distingue como parte de lo que ha estudiado sobre el tema, pero no necesariamente como un discurso propio. Es así que al momento de estar frente a él, se permite, o quizá mejor dicho, entiende que esos hombres, son más que esos discursos normativos; comienza a establecer entonces una relación diferente con ellos. “Quiero ver a personas”. Quiere mirar más allá de identidades genéricas normativizadas. Esta es su decisión. Estar de una forma diferente, de relacionarse de una forma diferente quizá... y lo que lo mueve es una fuerte tendencia a ayudar, a apoyar a esos usuarios, y tal pareciera que continuamente está pensando cuál es la mejor forma de hacerlo.

Las palabras de Rodrigo me llevan a nuevos lugares, preguntas y sensaciones: “quiero ver personas”. Y ante esto: ¿qué querrá ver el/la cliente en el facilitador, cuando llega a un servicio de apoyo-ayuda? Tal parece que no es suficiente ver a “expertos”, aunque eso ayude, pero no es suficiente cuando eso significa posicionarse por encima de sus decisiones o experiencias. Parece que tampoco sería suficiente ver a facilitadores que sólo miran a hombres tradicionales. Al parecer, Rodrigo responde, al menos, cómo espera que lo vean a él:



*Independientemente de esos roles al final de cuentas puedo ser yo mismo y ofrecer la misma calidad humana en cualquier posición que me encuentre y como ser humano el poder observar esto es increíble.*  
**(Rodrigo May)**

Por otra parte, está la experiencia y reflexiones de Jorge, que pareciera tiene mucho de lo que los lineamientos del trabajo con hombres, plantean sobre la relación entre usuarios y facilitadores. El habla de no ser tan cercanos o “comprensivos” por el miedo a caer en justificaciones o coaliciones con las conductas violentas de los usuarios:

*El espacio, esas dos horas que tarda el proceso, creo que mi papel es uno, y cuando termina el momento, mi dinámica con ellos puede ser diferente, puedo ser más cercano, puedo bromear con ellos, ser diferente, o permitir un poquito más de apertura, y que eso no implique que sea como más cerrado durante el proceso, pero siento que tengo que estar más pendiente de otras cosas, pero dentro del proceso de grupo no puede ser de esa manera.*

*Yo sentía que tenía que tener una distancia, un poco entre lo que ellos decían y pensaban, con lo que yo también decía y pensaba. (...) de no generar una alianza con ellos. Algo que sentía que tenía que caracterizar el espacio era: uno, problematizar el ejercicio del poder, y lo otro, que siento que había que... siempre que se abordara una conducta estereotipada de género, o un discurso hegemónico de género, siempre había que confrontarlo. (...) Mucho del trabajo que, desde mi punto de vista, tendría que hacer con este varón, es confrontar esto, confrontar todo esto que él piensa que es realidad.*

*(...) una de mis propuestas era no mantenerme tan abierto con ellos... porque sí era, este doble rol, de tú eres facilitador, el brinda el pretexto para la plática, pero no me podía quitar de la cabeza de que en el caso concreto del grupo con el que trabajaba, eran varones que estaban ejerciendo violencia, y que también había que problematizar esa situación*  
**(Jorge Gómez)**

Jorge enfatiza mucho, desde su experiencia y formación en estos temas, la necesidad de “estar atentos”, de “no dejar que se alíen conmigo”, de “confrontarlos”, de “hacerles ver que no es lo que creen que es realidad”. Y en otras partes, ha dicho y piensa que en ocasiones creemos que los hombres “somos malos por naturaleza”.

Por un lado, no puedo evitar ni negar que el “discurso normativo” sobre la “masculinidad hegemónica” (revisada en capítulos 3 y 4), surge de diversas

observaciones y experiencias sobre la forma de “ser, estar y de relacionarse”, de los hombres. Pero entonces, cuando leo las alternativas que surgen de establecer *cierto tipo de relaciones* con hombres, me pregunto: ¿Qué identidad y definición de hombre tenemos en mente, cuando desempeñamos el papel de facilitador? ¿Esa imagen de hombre... se modifica al paso del tiempo? ¿Cambia del inicio al final de una sesión? ¿Son hombres diferentes, el que llega del que sale?

Creo que no es sencillo ni algo a tomar a la ligera, esta mirada “tradicional” que tenemos de los hombres que ejercen violencia. Es especialmente difícil no tenerla, cuando conocemos además, la otra cara, es decir, la de las mujeres víctimas de violencia, niños y niñas, u otros hombres, y vemos los efectos de esta forma de relación. De ahí que nuestras ideas se hagan vida, con “justa razón”, en el trabajo con ellos:

*Me quedó claro que trabajar con varones es todo un reto, y que quieras o no, te metes en un rollo de competencia. ¿por qué competimos?, por el poder, y la pregunta vino de un compañero que monopolizaba la palabra. A final de cuentas, esta cuestión del poder es importante, pero que también mi función como facilitador era modelar otra forma de cómo usar ese poder. Creo que el poder no es malo, el poder entendiendo como esta capacidad que tenemos las personas para hacer y lograr algo, nos permite vivir. El problema con todo esto, es que no ejercemos bien el poder, al menos los varones, la mayoría de las veces, utilizamos estrategias no positivas del ejercicio del poder. (Jorge Gómez)*

Jorge me regala, y nos regala la oportunidad de pensar sobre el poder, eje ineludible en el trabajo con hombres. Sin embargo, no por ello esquivo de este mismo análisis, es decir, qué idea tenemos del poder, como de la dinámica e implicaciones del poder cuando está “en manos de los hombres”:

*Uno, el poder debía estar fluyendo, pues a final de cuentas cualquiera de los que estaban dentro del grupo, quería tener el poder... y otra era que yo como facilitador tenía en mi mente, que había un objetivo con esto, que era por un lado problematizar el ejercicio del abuso del poder, y visibilizar esta situación; entonces en ese momento, la forma en cómo yo tenía que dirigirme al grupo tenía que ser con el ejercicio de poder, no de manera horizontal, sino de manera más vertical; ir posicionando de manera diferente frente al otro.*

*¿si no fuera así? Desde como yo lo veo, sería como un grupo de amigos, un grupo de café, no tendría mucho sentido; estaríamos hablando mucho, pero si yo no llego al punto en el que el otro visibilice la situación, creo que no tendría tanto sentido el motivo de ser del grupo. .* **(Jorge Gómez)**

Y a su vez, Jorge narra algunas implicaciones de esta experiencia, y postura de trabajo, me atrevo a decir, que insisto, no considero “errónea”, sino pretendo analizar algunas de sus implicaciones, con miras a generar alternativas:

*Durante ese tiempo me volví muy paranoico con el poder, pero sí muy auto reflexivo (también), sí me preocupaba ese rollo de ‘esto que estoy haciendo es un abuso de poder’, o no lo es, como facilitador. Desde sugerir la temática; y también en este rollo... de normar el grupo, de qué es lo que está permitido, qué es lo que no está permitido.*  
*Una de las cosas que también me funcionó, era este acorralamiento hacia una idea que él u otro compañero traían, y era estar..., te voy a decir la imagen que tengo: dos personas en un ring, donde como facilitador (hay que) estar llevando hacia la cuerda al otro, pero con preguntas... (y el otro te llevaba a las cuerdas) con respuestas.* **(Jorge Gómez)**

Y a pesar de estos debates y encuentros “de ring” con el poder, cuando releo la experiencia de Jorge, siendo más genuino y sintiéndose más cómodo, desde donde lo leo, pienso en la forma en cómo genera cambios o formas diferentes de estar con los compañeros de ese grupo:

*Antes, tenía una concepción muy esquemática de lo que significaba ser facilitador: ser solamente (...) el pretexto, (...) ser el detonador de la comunicación entre ellos, entre cualquier grupo, que no podía de ninguna manera involucrarme tan profundamente, o no ser directivo. Cómo yo entiendo el ser directivo: es llegar con el tema, dirigir un poco las intervenciones, o este rollo de poner palabras en la boca de ellos.*  
*Estaba entendiendo el papel de facilitador, dentro del proceso de grupo con hombres, de solamente dar el pretexto.*  
**(Jorge Gómez)**

Entonces regreso a mi pregunta, ¿con quiénes estamos trabajando? ¿Qué significa estar con “hombres que ejercen violencia”? Hasta este punto, las narraciones resaltan tanto el cuidado de no coludirse, confrontar y cuestionar, como característica inherente a

lo que se espera de la relación con los usuarios, en el espacio grupal. Por otra parte, tenemos el deseo y necesidad de “ver personas”, de mirar más allá de ideas generalizadas de lo que es “ser hombre”, que además, “ejerce violencia”.

¿Qué significados tenemos, no sólo del *perfil del puesto* en el que se trabaja con hombres?, sino ¿Qué significados y valores hay alrededor del *perfil de la población* con la que se trabaja? ¿Es nuestra *realidad*, la *realidad* sobre el perfil de los “hombres que ejercen violencia”? ¿O es lo que se espera y se dice que debe de ser ese perfil? ¿Es realmente esa población, o lo que los libros, textos, expertos, expertas dicen y han construido alrededor de esta población?

En este sentido, Ana Amuchástegui (en Careaga y Cruz, 2008), ha hecho una fuerte crítica de la *masculinidad*, como categoría. Habla desde la subjetividad, planteando que si bien podemos identificar elementos constitutivos de lo que socialmente, una cultura ha definido, “funcionalizado” y por lo tanto institucionalizado como “ser hombre”<sup>37</sup>, se corre el riesgo de que en sí, esa categoría se vuelva una categoría desde la cual, se analice toda la experiencia masculina. Amuchástegui invita a repensar la *masculinidad* (y por tanto las *masculinidades*) como algo que abarca a muchas personas (por lo general hombres, aunque también mujeres). Subraya la categoría **género**, por encima de una pretensión por nombrar las “masculinidades” como categoría de análisis. El género, como una categoría relacional que permite analizar configuraciones en las relaciones de poder y las desigualdades en estas (estructuras de poder, relaciones interinstitucionales, personales e interinstitucionales-personales). Pero no es la

---

<sup>37</sup> Parto del hecho, como la autora también, de que estos perfiles “institucionalizados”, o “tradicionales” de lo que es ser hombre, sin duda se basan en experiencias reales y casos vívidos; sin embargo, el cuestionamiento va hacia la tendencia a generalizar, o de tratar de categorizar en el mismo “perfil”, la experiencia diversa de los hombres.

*masculinidad* en sí la que debe definir a los hombres, o la supuesta categoría, sino al revés: la experiencia, significados (de ahí el inmenso valor de lo subjetivo), y cotidianidades de los hombres, la que define la palabra *masculinidad*, como parte de la categoría del género.

En este sentido, pienso que el temor desde el cual habla Jorge, es una “alerta” a no centrar nuestra definición del otro, a partir únicamente de nuestras “ideas de la *masculinidad*” de esos hombres con los que trabajamos, sino más bien, a partir de los propios y únicos encuentros y subjetividades de los usuarios. Paralelo a esto, sigo pensando (y retomo los resultados y recomendaciones del proyecto Kóokay-CEAVIM, 2009), en la importancia y necesidad de documentar y registrar las historias y significados de los hombres, sobre sus vidas y sus relaciones, pero no con la intención de que éstas concuerden o no con la teoría y los grandes referentes; al menos no exclusivamente; sino con la intención de que éstas sirvan para construir nuevas reflexiones teóricas, o conocimiento de cómo esos hombres, construyen su idea del ser hombre, y sus relaciones cotidianas.

De nuevo retomo ideas de Tod Agusta-Scott (en Denborough, 2006), conservando sus palabras en inglés, por la claridad que contienen en el mismo idioma, a mi parecer.

Habla de los que alguno de los hombres con los que ha trabajado pensaban:

They may also enter the conversation with an assumption that I will be adopting an adversarial or oppositional relationship with them because they have experienced many such relationships of domination with other men. It is often startling for them to experience a sense of caring in this context. My caring of them often leads them into being more caring and thoughtful about their partner and their children. And this is one of the key purpose of my work.  
(p. 24)

Si hablamos de modelar nuevas formas de relación y de uso del poder, y de tratar de encontrar herramientas para hacerlo, me parece que la experiencia de Augusta-Scott, es en este sentido, clara y contundente, cuando plantea que mucho de los hombres esperan nuevamente o por lo general, un trato y contacto desde la confrontación con los facilitadores; pero hablar y relacionarse desde el cuidado a estos hombres, es en sí, una oportunidad de que ellos lleven esos mismos cuidados a sus relaciones con hijos, hijas, pareja y demás personas. Continúa diciendo:

For instance, we often believed that man's preference was only for power and control and built our counselling practice around this assumption. Because I thought men only want power and control, I was also making implicit assumptions that I care more about the lives of these men's children and partners than the men did. (...) There was no other place for them to step into, no other identity to perform. Not surprisingly, this approach would result in resistance for men, and in turn, we interpreted men's resistance as evidence of them not wanting to change and wanting to protect their power and control – our beliefs about their singular motives were again solidified. Our reasoning was self-sealing. (p.26)

Pensar en los hombres, como “eternos hambrientos de poder”, es de nuevo ubicarlo en una categoría identitaria y relacional, no sólo inamovible, sino carente de posibilidad de mejores relaciones, sanas, plenas, igualitarias. Prefiero pues, retomar las palabras de Jorge, en el sentido de que el poder, puede también permitir construir cosas útiles y sanas para las personas, para los hombres, para nuestras relaciones. En palabras de Rodrigo Cueva, cuestionar nuestras posiciones de poder:

*Yo creo que sí es importante reflexionar acerca de ese ser hombre, y en general reflexionar acerca de nuestras actitudes, qué tanto las basamos en esas relaciones de poder... otras de las muchas cosas que hemos conversado, es cómo yo puedo ponerme frente a otros hombres en una posición de poder, y decido de qué trata el grupo, y decido quién pasa y quién no pasa, porque yo soy el que sabe.*  
**(Rodrigo Cueva)**

Similar a Rodrigo, Augusta-Scott señala que también ha dejado a un lado su postura de facilitador con poder, ya que, cómo puede modelar nuevas formas de relación y de poder, desde una postura “hegemónica” del mismo:

I no longer feel that i need to adopt a dominant masculine stance, an oppositional or tough approach. So, in terms of my own relationship with masculinity, it feels like I adopted a more dominant form of masculinity as I entered domestic violence work, the very field that is committed to disrupting masculinity. The field is changing now and I am pleased about these changes. (pp. 29). Now, I am interested in a different approach, one wich explores openings to alternative story-lines, one that creates space for men to step into different territories of identity and to speak about what it is that they care about, value, and hope for in their relationships, and take actions to realice these hopes. (p.26). (Augusta Scott, en Denborough, 2006).

El autor y facilitador, recuerda que en sus inicios en el trabajo con hombres, participaba de los enfoques que, desde ciertas reflexiones del género, posicionaban las intervenciones en violencia masculina, a partir de la confrontación de la hegemonía, del poder y privilegios de los hombres, y de que éstos, se responsabilizaran de los efectos y consecuencias de sus actos violentos. Al paso de su experiencia, ha reflexionado sobre la imposibilidad de continuar trabajando en la desarticulación de la violencia y del dominio, desde una postura que lo colocaba, como terapeuta, en una misma posición y lógica dominante, vigilante, policial. Ha decidido desde entonces, que ya no necesita reproducir como facilitador este modelo masculino de dominación, y de ser él quien dictara lo que sí era correcto y lo que no. Ahora, se piensa como un profesional y facilitador interesado en abrir y dar espacio a historias alternativas; interesado en crear espacios conversacionales en los que los hombres no sean juzgados desde lo general de la hegemonía tradicional, sino que puedan caminar hacia nuevas identidades, espacios en los que puedan hablar de

lo que para ellos es importante, de qué se preocupan y de lo que tiene valor en sus relaciones (Augusta Scott, en Denborough, 2006).

Por otra parte, me cuestiono ¿qué implica involucrarse a profundidad? ¿Implica dirigir la vida o el proceso de alguien o de un grupo? ¿Es algo que creemos, es algo que se espera de nosotros por el papel que desempeñamos? ¿De qué otras formas se puede estar cercano, involucrarse, opinar y apoyar, sin que esto signifique necesariamente dirigir la vida de otros/as? ¿"Dónde guardo" la petición explícita de alguien, respecto a 'qué pienso u opino' de lo que le está pasando, particularmente cuando lo pregunta?

Se trata de ser transparente sobre quien se es<sup>38</sup>, ya que no puedo negar ni borrar de dónde vengo, y con ello, las influencias de mi contexto histórico, político, social, económico. Pienso que es infructífero, dejar a un lado quien se es, la propia historia, vivencias, juicios e incluso los prejuicios, pues todo ello es mi materia prima, es lo que define parte de mi ayer y de mi hoy. En mi experiencia, esto me ha sido mucho más útil, en vez de ocultarlo; como dice Rodrigo Cueva en el capítulo 4, "mi principal herramienta soy yo".

Ser transparente sobre quién se es, sobre quién soy. Sin el afán de entrar en una discusión ontológica, si deseo retomar esta pregunta, incluyendo la antes planteada sobre qué significa trabajar con hombres que ejercen violencia, es decir, ¿con quiénes estamos trabajando? Las alternativas y reflexiones que algunos de los entrevistados plantean a nivel relacional y de cambios, están profundamente vinculadas con estas cuestiones identitarias, es decir, con quien se cree que se es, o que somos.

---

<sup>38</sup> Reflexiones con la Dra. Maria Luisa Molina, a partir de una Mesa Panel sobre Posmodernidad en la Universidad del Valle de México, Mérida, en 2009.



Anderson y Goolishian (en DeKoven, 2001) han planteado que la identidad es una construcción social; vamos desarrollando y transitando por narrativas identitarias, o diversas narraciones sobre “nuestra identidad”, a partir de nuestras conversaciones con los otros/as. A diferencia de las visiones “modernistas” que ponen énfasis en la individualidad y en las estructuras de la personalidad, desde una mirada socioconstruccionista – posmoderna el énfasis está puesto en el lenguaje, las relaciones, la construcción conjunta (Gehart y Monk, 2003).

Desde un análisis político, del poder, como lo haría Foucault (en Epston y White, 1990), hay historias que llevan a discursos que dictan la vida de las personas, fortaleciendo ciertas voces y callando otras; la fuerte influencia de la cultura dominante, pone los medios para interpretar nuestras experiencias como “buenas o malas”, como “normales”, o como “problema”, (Gehart y Monk, 2003).

Este marco de referencia me permite tener más ideas frente a la pregunta de ¿con quiénes estamos trabajando? Considero entonces, que el riesgo aquí presente, es establecer una relación con una “idea categórica” (como diría Ana Amuchástegui), en vez de establecer una relación en el encuentro, diálogo y conversación con alguien. White, como máximo exponente de la terapia narrativa, señala que tener un pensamiento crítico nos alienta a revisar nuestros supuestos y a hacer visibles algunas de nuestras prácticas cotidianas de vida y de relación que comúnmente damos por sentadas. En estas cotidianeidades, vivimos y nos relacionamos a través de los relatos que tenemos sobre nuestras vidas. Si reconocemos que lo que compone o constituye nuestras vidas son las historias que se han negociado sobre éstas, y si en la terapia (contexto desde el cual habla) colaboramos con las personas en la negociación ulterior o renegociación de las historias de sus vidas, estamos entonces realmente en la posición de tener que enfrentar y aceptar,

hoy más que nunca, alguna responsabilidad por los efectos reales que tienen nuestras interacciones en las vidas de los otros (White, 1995). Entonces, nuestras ideas del otro, al pasar al campo de la interacción, sí tienen efectos, efectos reales. El mismo autor plantea:

(...) lo que entonces me interesa es brindarles (a las personas, a los clientes), un contexto que contribuya a la exploración de otras maneras de vivir y de pensar... poner en práctica las interpretaciones o significados alternativos que estos relatos alternativos hacen posibles. (pp.24, White, 1995).

Es entonces que puedo comprender los planteamientos de Michael White, al señalar que cuando las personas llegan a creer que el problema expresa su identidad, muy a menudo los problemas les presentan a las personas lo que ellas toman como verdades sobre su carácter, su naturaleza, sus objetivos, etc., de modo que estas supuestas “verdades sobre uno mismo”, tienen un efecto totalizante en nuestras vidas (1995). En este sentido, propuso generar conversaciones “externalizadoras”<sup>39</sup>, pues permiten cuestionar todo esto. Las internalizadoras hacen que sea muy difícil que las personas puedan experimentar nuevas posibilidades para la acción y la relación; externalizar hace que las personas experimenten una identidad distinta o separada del problema (White, 1995). De aquí la advertencia de Ana Amuchástegui (en Careaga y Cruz, 2008), de confundir (menos aun de relacionarnos) con la categoría “masculinidad”, como si en sí misma, abarcara todas las posibles experiencias humanas, las experiencias de los hombres. Es necesario poner los ojos, los nuevos esfuerzos y generación de opciones, no sólo en estudiar un sexismo ubicuo en nuestro país y contexto, como señala Guttman (1994), sino de promover encuentros e investigaciones con gentes verdaderas, cuyas vidas

---

<sup>39</sup> Se refiere a “sacar” de la persona, el problema; de esta manera la narración pasa de enfocarse en la persona, como poseedora del problema, al problema, como algo sobre lo que se puede intervenir, para hacer cambios (White, 1995).

verdaderas nos muestren no sólo algunas características culturales tomadas del pasado (como el machismo y algunos elementos de la masculinidad “tradicional”), sino también sus intentos por crear nuevas formas de vivir.

Mi planteamiento no es invalidar que existan una serie de características comunes, cuando hablamos de hombres que ejercen violencia. Ésas han sido documentadas y las he expuesto en los capítulos anteriores. Sin embargo, las características son parte de algo más amplio: la experiencia personal, cotidiana y relacional de cada uno de esos hombres. Reafirmo que, darnos la oportunidad de generar nuevos discursos a partir del trabajo y en el trabajo con hombres, lejos de ser una tendencia a justificarlos, o “apapacharlos”, se trata de una estrategia de intervención que considero, ofrece importantes insumos en este trabajo.

El autor Augusta-Scott<sup>40</sup> responde en entrevista con David Denborough (2006), de qué manera pueden desarrollarse historias alternativas en las vidas de los hombres, en relación con el uso de la violencia. Para poder ser más claro con estas ideas, quisiera ofrecer dos opciones; la información, en el lenguaje original, por mantener el sentido textual de quien habla, como también una especie de traducción, para retomar sus ideas:

I also trace the problem-saturated story-line so that men can clearly identify how they were recruited into the negative identity conclusions about themselves which have supported perpetuating abuse. (...) separating from this story-line, externalising it, and challenging it. A second key step involves finding an audience to these preferred history-lines. And the third key element to these work involves documentation. (...) they see their own language documented in written form and are often quite startled by this. It's often the first time they've been a witness or audience of their own words. (pp.26, Augusta-Scott).

---

<sup>40</sup> Coordinador del Programa “Bridges-A domestic violence counselling”, en el Training and Research Institute Truro, en Nueva Escocia. Colaborador del libro Narrative Therapy: making meaning, making lives (2006)

Es decir, este autor, quien cuenta que ha trabajado con hombres que ejercen violencia por más de 20 años, ofrece esta propuesta en relación con la construcción de líneas o historias de vida, en la que los hombres puedan observar de qué manera han estado cargados de estas experiencias relacionadas a la violencia, y de qué manera esto, ha contribuido a construir y normalizar una “identidad violenta” en ellos. Dentro de este proceso de ir generando identidades más amplias, y nuevos discursos, cree que es muy necesario encontrar en el camino, una *audiencia* que de soporte a las nuevas narraciones sobre sí mismo; además de documentar estos procesos y narraciones, pues de esta forma se mantiene en la memoria colectiva, para que ellos también puedan después, ser testigos de su propio proceso (Augusta-Scott, en Denborough, 2006).

Tener una audiencia, es decir, nuestra identidad, como he planteado, no surge de la nada, del inconsciente o de ciertas estructuras de la personalidad; desde esta postura, como he señalado, mi identidad (nuestra), se nutre de los encuentros, de los diálogos. Si lo que Tod Augusta-Scott sugiere, desde las ideas de White y Epston (1990), es generar nuevas narraciones identitarias, es claro entonces, que éstas sólo serán posible, a partir de nuevos encuentros, que nos escuchen y validen nuestra narración, desde esas nuevas posibilidades.

Julie Sach (2006), en su artículo “*Women’s anger*”, comparte de qué manera se re significaron sus experiencias de uso de su enojo, a lo largo de todo el proceso grupal. En este sentido, cuando comparte lo vivido en la 7ª sesión del proceso (“What’s happening to anger?”), en la que se preguntan “qué le está pasando al enojo”, cuenta que hablan de los cambios que han notado en las últimas semanas en relación con su enojo y el uso de conductas violentas; y en estas conversaciones, la autora nota cómo el grupo comienza a actuar como una *audiencia* hacia estos cambios, hacia estas nuevas diferencias. Señala

que su intención es promover historias que ya no sostengan ni mantengan “vivo” el problema del abuso, y de esta forma, poder dar paso a nuevas historias e imágenes de sí mismas (Sach, 2006).

Esto explica por qué pasar del interés por la “verdadera identidad” y por las “características reales” de las personas, a la consideración de las perspectivas desde las que se establecen esas identidades o características (Gergen, 1992). Podemos generar muchas más posibilidades si estamos atentos/as a las consideraciones de las personas sobre sí mismas y sobre los demás y cómo esto influye en sus actos; se trata de pasar nuestra atención, de la “naturaleza” de las cosas (lo inamovible) a la forma en la que estos aspectos se representan o se construyen en la cultura (Gergen, 1992).

Conjuntando ideas, es por esto que el trabajo de Julie Sach me resulta una importante guía, ya que “se atreve” a nombrar, la necesidad solícita de ese grupo de mujeres con quienes trabajó, como “enojo y violencia”. Pienso y estoy convencido que en el trabajo con hombres que ejercen violencia, las ideas y aportaciones técnicas de White, Epston, Sach y Augusta-Scott, son potenciales para generar cambios y mejoras relacionales en los hombres. La autora habla de su experiencia con mujeres, inusual quizá para nuestro contexto, si partimos del hecho de que teóricamente no hay “sustento” a la violencia que ejercen las mujeres. Sin embargo, noto que el proceso por Sach reportado, sobre la manera de externalizar la violencia de la vida de esas mujeres, además de comenzar a generar nuevas identidades, es sin duda, un gran referente. Pero me parece que hay que creerlo. Es decir, hay que creer que hablar de esto, y trabajar de esta forma con los hombres, es posible. Creo que hay que cuidar no caer, nuevamente, en los metadisursos normativos, desde los cuales, los hombres “son violentos”, o desde los cuales, pareciera que siempre disfrutan y quieren tener el poder y el control de sus

relaciones (Augusta-Scott, en Denborough, 2006). Retomaré de nuevo, más adelante, el concepto de *audiencia*.

Todo lo anterior es una *invitación* a mirar lo que, probablemente los meta discursos que nos circundan, no nos hemos permitido mirar e intentar, en el trabajo con hombres que ejercen violencia: los elementos relacionales (facilitador/a – usuarios), como insumos para el cambio.

**c) Relaciones cercanas, relaciones transformadoras.**

Facilitar reconociendo que “no sabemos nada” de la vida y subjetividades de los usuarios. Facilitar permitiéndose mirar a los usuarios, no sólo más allá de los textos, es decir, más allá de las categorías generales, con las que corremos el riesgo de traspasar la experiencia cotidiana, sin siquiera notarlo. Para finalizar, comparto lo que para mí ha sido el último regalo de este caminar y reflexionar en conjunto con los facilitadores entrevistados: facilitar, acercándose, íntima, personal y profesionalmente.

*En mi rol de facilitador han influenciado muchas cosas, desde una perspectiva o postura humanista, en la que como facilitador procuro estar cerca para entender lo que me están compartiendo los usuarios.*

*Yo creo que para promover desarrollo: yo me quiero basar en mí, en las personas, con las personas con las que yo trabajo, y a la hora de trabajar con grupos, con hombres, las críticas que yo he hecho algunas veces, por ejemplo: una evaluación para ver si pasas al siguiente nivel o no pasas; o ‘¿qué vamos a hacer contigo?’... como si lo que dijese una evaluación signifique si él puede pasar o no puede pasar a un determinado nivel, yo creo más que: conversando, compartiendo experiencias, observando por supuesto... es que puedo estar me dando cuenta, qué tanto yo, y que tanto otras personas estamos yendo hacia un lado... qué tanto estamos cambiando.*

**(Rodrigo Cueva)**

Nuevamente, se resalta el elemento de estar cerca. Tanto Rodrigo Cueva como Rodrigo May han sido enfáticos al señalar que necesitan estar y sentirse cercanos a los usuarios. En el caso de Rodrigo Cueva, quisiera resaltar la palabra *estamos*, que menciona

al final de su anterior comentario. “Nosotros”, “comunidad”; Rodrigo se ve como parte del grupo, sin perder de vista su papel en el mismo. Actúa, interactúa y se involucra sintiéndose parte de ello, uno más del proceso, independientemente de haber sido usuario o no; es decir, no es el hecho de haber estado sentado ahí como ellos, sino de saberse sentado ahí, junto con ellos. En palabras de Keneth Gergen (1992), es que a medida que se va erosionando la idea del “yo esencial”, aumenta la capacidad de percibir las distintas maneras en que se crea y se recrea la identidad personal en las relaciones, y es entonces que uno (como persona, psicólogo, facilitador, profesional, no profesional...), está preparado para ingresar en un proceso en el cual el “yo”, como identidad individual inamovible, será sustituido por la realidad relacional: la transformación del “yo” y el “tú” en el “nosotros”.

*Que lo principal de repente, para lograr ciertos objetivos o fines, o lo que sea, está en la relación que se establece.  
Muchas veces ‘dejo a un lado el objetivo’ que se supone que debo cubrir, y dejar a un lado no de que ‘no me importe’, pero es que me deja de importar al establecer la relación, y al de repente facilitar o compartir la reflexión grupal que estamos haciendo, y... acabo de caer en la cuenta, que de repente estoy más interesado de lo que ocurre en la actividad, que en alcanzar un fin, que de todas maneras, yo creo que sí pudiese estar apoyando a ese fin. (Rodrigo Cueva)*

Al parecer, Rodrigo Cueva le ha dado a la relación y al encuentro con los usuarios, un valor muy especial. Habla de estar más interesado en lo que ocurre en la actividad, en la conversación, que en alcanzar un fin, me pensar en el proceso y no en los resultados. El proceso, como el espacio y tiempo primordial desde el cual, puede construirse una nueva forma de relación. Pero hay que dar espacio y tiempo para que suceda ese proceso, ese encuentro. Harlene Anderson (2000) habla de confiar en el proceso, con la inherente característica de la incertidumbre, pues no podemos saber qué sucederá en ese encuentro, pero sí sabemos que podemos invitar y fomentar un espacio de diálogo, suficiente para

generar narrativas que inviten a nuevas identidades y alternativas (Anderson y Gehart, 2007).

Si pienso en los fines que este trabajo persigue, identifico ahora los fines de las instituciones, acordes y apegados a los derechos de la mujer, equidad y justicia, vida digna, etc. Y considero necesario en esto, sumar los propios fines e intereses de los usuarios. Entiendo que dentro de esto es importante diferenciar aquellos “fines” u objetivos (de usuarios) que buscan mantener la violencia o la desigualdad en sus relaciones, así como quienes esperan que su esposa cambie y los perdone, para que la relación de desigualdad se mantengan. Además de poder identificar y sí, confrontar estos objetivos e intereses, sería sin duda útil, conocer *de cerca*, en cada una de estas conversaciones y encuentros, qué fines buscan estos hombres. Y esto es lo que Rodrigo Cueva plantea y comprende, similar a lo que Rodrigo May decía sobre “mirarlos más allá”:

*(...) muchos de los que han acudido, como parte de sus motivaciones están el ‘tengo un problema con mi esposa, y quiero solucionarlo’, o ‘soy un desgraciado y quiero dejar de serlo...’, entonces, como te decía, sin enfocarme tanto en los objetivos, no he podido y a lo mejor no he querido perder de vista que quienes vienen tienen sus motivos, sus preocupaciones, sus dificultades con alguien, y que a lo mejor eso es lo que están buscando, lo pueden o no encontrar en el trabajo grupal.*

*A mí me viene bien la cercanía, porque a final de cuentas, al estar más cercano, y al estar más cercanos, según yo, podemos y puede, conocerme, y conocernos mejor, y a partir de un mejor conocimiento puede haber una relación quizá más sincera, más auténtica, y que por consiguiente, que vaya más.*

*Para mí, sí me facilita que haya cercanía en la relación, y observándome, no siento que esto promueva... que me esté coludiendo, o que no estemos coludiendo, o nos estemos tapando, o defendiendo.*

**(Rodrigo Cueva)**

Esto me lleva a pensar y preguntarme en el tipo de relaciones que promovemos y fomentamos en los procesos grupales, siendo diferentes si se trata de hombres, que de mujeres.



En un grupo de mujeres, por lo general se dice que el apoyo y la cercanía son pilares para un proceso de sensibilización y de empoderamiento, y más cuando se trata de formar promotoras que ayuden a otras mujeres. Se mantiene (lo cual me parece indispensable) este tipo de relaciones de apoyo, cercanía, confianza y respeto<sup>41</sup>. Y sin embargo, cuando se trata de trabajar con los hombres, hombres trabajando con hombres, se espera cierta distancia y no mucha cercanía, para evitar de esta manera coludirnos con ellos. Desde donde lo veo y entiendo, ponemos distancias y trabas a acercarnos más entre hombres, pues eso pudiera ser “peligroso” para los fines del trabajo “reeducativo”; entonces me pregunto: ¿de qué se trata este trabajo? ¿De ser expertos señalando lo adecuado y lo inadecuado, o de promover mejores formas de relación, además de señalar lo “inadecuado”? O como expusiera el Mtro. Raúl Ferrera Balanquet<sup>42</sup>, “no estamos acostumbrados a que los hombres seamos genuinamente cercanos entre nosotros”. Los juicios y prejuicios al respecto son muchos, desde hablar y juzgar las preferencias sexuales, hasta decir y pensar que nos estamos solapando y coludiendo. Me cuestiono si esto es lo único o lo primero que se tendría que leer de estas cercanías.

Pensando entonces en nuestra relación como hombres, con miras y fines “terapéuticos”, es decir, de promover y generar un espacio de diálogo, reflexión, que a su vez contribuya a la mejora, me parece importante seguir subrayando y fortaleciendo la idea de que los cambios son posibles, y para esto, la cercanía entre nosotros (los hombres) puede ser tanto terapéutica, provechosa, como educativa, en la medida en que

---

<sup>41</sup> Relatorías y reflexiones de Formación de Promotoras por una vida libre de Violencia, a cargo de facilitadoras de Ciencia Social Alternativa, A.C., Kóokay, en 2008 y 2009, en comisarías y comunidades rurales de 3 municipios de Yucatán.

<sup>42</sup> Sesión del 2º módulo del diplomado “Género y masculinidades”, primera generación, enero-julio de 2009. UNAM y Kanankil, A.C.

colaboramos más entre nosotros, y que como facilitadores, en esta relación con los usuarios, hablamos de esto y lo ofrecemos como oportunidad de vida en el trabajo grupal.

Al respecto, la transformación de las relaciones de género demanda involucrar un cambio en las relaciones sociales de poder y de desigualdad que existen entre los hombres, en sus relaciones con otros hombres, así como entre hombres y mujeres. La homofobia y los estereotipos de hombres gays como afeminados también separan a los hombres de una relación más profunda e íntima consigo mismos, es decir, se estigma esa parte que nutre y ama y que culturalmente es definida como “femenina”, manteniendo así la distancia de los hombres entre sí de forma que contribuye a la deshumanización, motor para la expresión de la violencia contra las mujeres y los niños. Es así que la violencia de hombres en contra de otros hombres, es parte del problema de la violencia global (Ferguson, Hearn, Gullvåg Holter, Jalmert, Kimmel, Lang, Morrel y de Vylder, 2005).

¿De dónde viene este rechazo y temor a la cercanía? Recientemente Gallego (2010), ha hecho un análisis histórico-social de las relaciones entre hombres, mismo que considero oportuno y alumbrador para este momento de reflexión. Gallego habla sobre la forma en como la relación entre los hombres era percibida, en la ciudad de México en la época pre-colombina y colombina. En términos generales, existían las relaciones homosexuales y homoeróticas, es decir, relaciones cercanas sexualmente, entre dos hombres, las primeras; y aquellas que sólo eran cercanas, íntimas, pero no sexuales, las segundas. La conquista, entre uno de sus tantos efectos e impactos, tuvo fuerte influencia sobre nuestras ideas de estas relaciones, especialmente por supuesto, sobre aquellas sexuales, entre hombres, a las cuales llegaron a llamar como “pecados nefandos” (Gallego, 2010). En este sentido, el autor continúa su análisis histórico y plantea que el discurso de la criminalística moderna hizo recaer sobre la institución de la amistad un

efecto panóptico, es decir, vigilante y opresor, que si bien mantuvo la figura de la “amistad profunda” entre varones, también transformó los códigos y las normas de expresión de afectos y trato corporal entre mismos, convirtiéndose actualmente, bajo la “figura del cuatismo” (pp. 78, 2010).

El mismo autor rescata el concepto de la “amistad romántica”, presente en algunos documentos y textos de los siglos XVII y XVIII, definida esta como un enlace recíproco entre amigos (Luhman, en Gallego, 2010), con una clara connotación de clase, cargada de una idealización del sentimiento amoroso, pero alejado de la pasión y el deseo, y concretado en el más puro interés, con un nuevo control moral. Este “amor de amistad” ignoraba el aspecto genital, aunque el lenguaje que expresaba no era menos erótico en sí mismo (Mogrojero, en Gallego, 2000); entre las mujeres se hablaba también de círculos de mujeres, como “amistades románticas”, caracterizadas por las artes, poesía, pasión.

Lo anterior me ha permitido ubicar ideas que, meses atrás, no sabía de qué manera integrar en este texto, pero sentía que debía incluir. La relación y cercanía con los hombres, es retomada por Rodrigo Cueva, de manera muy emblemática a lo que he estado mencionando:

*No sé si sea afinidad, libertad, compañerismo, parejura, no sé, pero siento que me ha ido mejor en mis relaciones con los hombres que con las mujeres, entonces me he sentido en la comodidad de compartir, de aprender, de escuchar. Al decir mejor me refería a que me he sentido más cómodo... me siento cómodo y que a lo mejor con personas con quienes no los conozco de hace tanto tiempo, pero también me permite tener una relación sincera, en la que ni los voy a juzgar, ni espero que me juzguen.*

*Es algo que me ha tocado ver o percibir en diferentes ámbitos (...) con algunas personas, por ejemplo: en el trabajo con hombres aquí, a lo mejor dentro de la relación, de las conversaciones que tenemos, pues son más respetuosas... y a lo mejor con los compañeros de la universidad, en las borracheras, podemos estarnos insultando y a final de cuentas es un insulto con cariño, y donde sea, a lo mejor no es con una libreta o con un lápiz, y sí con una botella de cerveza o con un cigarro, pero a final de cuentas es lo que yo busco, y creo que me ha pasado más con los hombres que con las mujeres, busco crecer, busco*

*compartirme, busco aprender, y si alguien pudiese aprender algo de mí, pues que bueno. (Rodrigo Cueva)*

En otro momento probablemente habría hecho un análisis de otro tipo, retomando el aspecto del alcohol, u otros elementos propios cuando se piensa en la “masculinidad hegemónica”. Sin embargo, lo que me interesa compartir ahora, es una reciente experiencia que he vivido con un amigo. Llevo trabajando en estos temas y reflexiones (individual y grupalmente) poco más de 5 años, y fue hasta hace muy poco tiempo que me noté realmente confrontado por la cercanía, sinceridad, emotividad y sensibilidad que se ha generado en relación con este amigo, relación que me ha impactado y movido profundamente. Si bien tengo un par de amigos con quienes he intimado y reflexionado como nunca antes lo había hecho, particularmente la forma de estar cerca y cuestionarme con este amigo, ha sido inusual, dentro de mi forma de ser y relacionarme como hombre... hasta ese momento. Sin embargo, y a pesar de lo inusual de esa relación, he podido ser testigo vivencial de la satisfacción y logros que esta intimidad he provocado en mí; como diría Rodrigo May, “no me lo esperaba”, no creía que algo así existiera entre hombres. Todo esto lo conecto con lo que Rodrigo Cueva comparte, cuando dice que le “ha ido mejor”. Pienso en la riqueza que es poder compartir genuinamente con alguien, pero particularmente con un amigo hombre, pues habitualmente son cosas que no hacemos, o no las hacemos con esa profundidad o identificación, a partir de lo que cotidianamente hemos (y había) construido y definido como ser hombre. Es por esto que ahora pienso con más fuerza en el valor de estos grupos de hombres, y de la cercanía (además de la equidad, reciprocidad, cuidado de uno mismo y del otro, salud, etc.) que podemos modelar y a la que podemos invitar cuando compartimos entre hombres; aspectos y experiencias, quizá aun no muy explorados:

*(...) sí creo que ha significado mucho para mí, a lo mejor más de lo que he dicho, y a lo mejor, más de lo que vaya a decir, pero podría hacer el intento... (Rodrigo Cueva)*

Y creo que a esto se refieren White, Epston (1990) y Sach (2006) cuando hablan de la audiencia que de soporte a estas nuevas identidades, desde formas de relación diferente. Un grupo de referencia, cercano, íntimo, respetuoso, pero que cuestiona y confronta, sí, los meta discursos, para generar nuevas narraciones sobre sí mismo.

No es casual, pienso ahora, que se habla de los modelos en psicoterapia, más allá del modelo, está la relación que se construye, y que a su vez posibilita o limita cambios. José Luis Rodríguez (2010) señala: “debe ser recalcado que el instrumento fundamental del trabajo del profesional de la psicoterapia es él mismo, su persona, su historia, sus esperanzas, sus posibilidades, crear y generar realidades alternativas, en conjunto con las personas que interactúan con él. Debe ser capaz de contar e inspirar nuevas narraciones de vida”. (pp. 55). Continúa diciendo que el papel real del terapeuta, o facilitador es el de proporcionar un espacio en el que la persona que establece una relación con él, tenga las posibilidades de ser ella misma, en la que se manifieste tal como es, sin temor al rechazo; finalmente, no es responsabilidad del terapeuta andar el camino que conduzca al cliente al cambio (Rodríguez, 2010):

*Mi esposa me ha dicho mucho, que a veces exagero, porque me dicen ‘Sr. Psicólogo cómo está usted’, y yo digo ‘Rodrigo’. Mi esposa me dice ‘si ya lo estudiaste, ya lo trabajaste, ¿por qué no te gusta que te digan así?’, bueno, simplemente prefiero que me digan Rodrigo, lo siento más personal, más cálido, más humano.*

*Al final de cuentas no va a hacer mi título, o este poder, lo que este cuate, o esta mujer, lleven un mejor o mal proceso, va a depender mucho de su responsabilidad, de su disponibilidad, y del proceso que yo les facilite hacer, y de ahí el nombre de facilitador. (Rodrigo May)*

Esto me lleva a la idea de las relaciones recíprocas, en dar y recibir, en la posibilidad en donde crece tanto el cliente como el terapeuta/facilitador, independientemente del hecho de que desde algunos modelos, los facilitadores hayan sido antes, beneficiarios y participantes del propio programa:

*Sirve para sentirme mejor conmigo mismo y con las personas que me rodean y lograr llevar relaciones sanas y satisfactorias tanto en el ámbito profesional como en el personal; por ello el trabajo con hombres sigue siendo una motivación porque con cada hombre con el que trabajo, Rodrigo crece y aprende un poco más ya que cada experiencia es única y maravillosa.*  
**(Rodrigo May)**

Pienso entonces en un texto, según la fuente, de la cultura *hnahnu* (centro de México), denominado “Diálogos interculturales” (Secretaría de Educación Pública, en red), que ha sido revelador para mí, invita a pensar en las relaciones desde una condición de reciprocidad, es decir, hacia todos lados y vías, y no hacia una sola dirección. Y entonces plantean que para esto, este tipo de diálogos se dan con 3 características: la generosidad, que parte del saber de que cada quien tiene algo que aportar y con qué enriquecer al otro/a; todas las personas tenemos una historia, una vivencia, algo que compartir y desde lo cual enriquecer al otro/a. Pero al mismo tiempo está la apertura, que invita a descubrir al otro/a, desde la total y absoluta magia que lo/a envuelve, por el hecho de ser una persona desconocida por mí. Ya no sólo es el valor de cómo me puede enriquecer, sino el hecho de que tiene una historia que es completamente desconocida por mí; es pararse desde la completa curiosidad para conocer al otro/a, de estar *abierto* a ser sorprendido por la individualidad y riqueza de los/as demás. A su vez esto me recuerda a una de las líneas de la obra “El mundo de Sofía” de Jostein Gaarder (1996), cuando Sofía se cuestiona qué es un filósofo, esa palabra que al parecer siempre se ha traducido como “amor por el conocimiento, la sabiduría”; y entonces escribe que un filósofo es aquella

persona, que como los niños/as, no ha perdido la capacidad de sorprenderse y maravillarse de todo lo que ve, pues todo le parece nuevo; tiene esa mirada curiosa, de quien no sabe ni conoce, y por lo tanto respeta, se admira, celebra toda esa novedad que se revela a sus ojos; pareciera que quien “ama la sabiduría”, es aquel o aquella que ama el “no saber”, ama ser sorprendido con lo que desconoce. Por último, el texto regala una virtud más: la selectividad, que yo lo pensaría también como la libertad y capacidad de elección y decisión; se refiere a que tengo la posibilidad de tomar lo que me sirve del otro/a y lo que no, mantenerlo “fuera de mí”, pero reconociéndolo aun como muy valorable, por ser parte del otro/a.

*Me ha dejado conocimiento, diversidad de experiencias, creo que todo lo que se dice en todas las relaciones, me pueden ayudar a crecer, trato de tomar, de aprender, de escuchar algo, muchos “algos” que me pudiesen servir. Me ha permitido conocer a otras personas, no sólo a usuarios del grupo, sino a otras personas interesadas en esto del trabajo con hombres, algunos por recibir un sueldo, algunos sea porque a lo mejor tienen alguna situación de violencia no resuelta, algunos porque están interesados en promover relaciones equitativas. Son personas que tienen una experiencia que saben, ya sea de 20 años o de 5 años, pero que nos interesa algo y que buscamos compartirlo para conocer y, desde mi opinión, para crecer como personas. (Rodrigo Cueva)*

En un espacio y proceso con este tipo de características (colaborativo, posmoderno) grupal o individual, ambas partes, cliente y terapeuta, están frente al riesgo de ser transformados; el encuentro, el proceso se convierte en algo más mutuo e igualitario (Anderson, 1997).

Creo en las relaciones que transforman, que nutren, que cuestionan, que confrontan. Creo que la posibilidad de ser maestros, unos de otros, al mismo tiempo que me permito aprender. Creo en la necesidad de confrontar actitudes e ideas que oprimen, lastiman, pero al mismo tiempo, en la posibilidad de ser cercanos y cálidos, como modelo y esperanza en la construcción de nuevas relaciones. Pero esta creencia, insisto, debe ser

compartida, por esa *audiencia*, comprometida e interesada en que estos encuentros y proceso se lleven a cabo.



## CAPITULO VI

### **“Quiero ver personas”**

A modo de conclusiones.

¿Qué significa ser facilitador de un grupo de hombres? Es la pregunta que ha guiado este proceso de investigación. Quisiera ahora, proponer un cierre, rescatando las ideas que me parecen centrales y necesarias de concluir, es decir, de compartir mi punto de vista final (por el momento), a la luz de todo lo que los facilitadores entrevistados, los autores y textos, y yo mismo, hemos narrado y dialogado a lo largo de este documento.

El trabajo con hombres, sin duda, es un gran compromiso y una importante oportunidad. El compromiso que reta a mirarlo más allá de quien “se pone la camiseta” de la organización en la que labora, o del puesto que desempeña. Un compromiso social, pues se trabaja con necesidades, dolores y emociones humanas, que hablan de un fenómeno social mayor, que rebasa las paredes de las casas y las oficinas. No se puede sino, estar comprometido con todo lo que este papel demanda. Un estar, continuamente reflexivo, innovando, preguntando y mejorando. A lo largo del presente trabajo, la palabra compromiso ha ido y venido. En voz de los entrevistados se puede notar esta disposición y responsabilidad que sienten, del trabajo que realizan. Trabajo que además, les emociona y enriquece profundamente.

El compromiso, desde mi apuesta implica sumar acciones educativo-preventivas, y de intervención también. Es decir, se han planteado aquí varias ideas en relación con los significados de trabajar con hombres que ejercen violencia, y como señalaron los entrevistados, las posibilidades de acción ya existen, pero se requieren más. Paralelo a

esto, un sector de la población con quienes considero es necesario fortalecer este trabajo, en la educación básica, especialmente adolescentes (a partir de educación secundaria). Es necesario aprovechar que, aun cuando la violencia y las relaciones desiguales siguen siendo un problema de salud pública, los procesos de cambio comienzan a darse, no sólo a un nivel individual, sino a nivel de creencias y algunas relaciones, tal y como reflejan en su estudio Zonia Sotomayor y Rosario Román (2007) al trabajar con adolescentes varones. Dicen que éstos hablan con mayor soltura y convicción de sus sentimientos, emociones y temores hacia el futuro, lo cual sugeriría que comienzan a verse ciertos quiebres en el discurso hegemónico, patriarcal; de esta masculinidad “tradicional”. Similar a esto, recientemente escuché a hombres adultos decir que, a diferencia de los hombres, los hombres de ahora ya hasta piden ayuda<sup>43</sup>.

De aquí entonces la oportunidad de generar cambios, de promover nuevas y mejores relaciones; la oportunidad de trabajar no sólo con un hombre, sino con las personas que están cercanas a él, o en palabras de Ferguson (et al, 2005), el futuro de muchos y muchas niñas depende de la reducción de la violencia, y en ese sentido cree que los hombres pueden ayudar a reducir la violencia, y que la relación de los hombres con los niños y niñas “es un punto de partida inmejorable” (p. 35). “Los hombres pueden aprender, desarrollar y crear mejores caminos para resolver los conflictos” (p. 36).

Por su parte, Olavarría (en Toro-Alfonso, 2009, en red), cuestiona la falta de presencia de los hombres en los procesos de reeducación, de detención de la violencia, de mejora, uno de estos espacios, comenta, es el de la paternidad, debilitando sus posibilidades cuando se tiende a feminizar la fecundidad, dejando de lado al hombre, no

---

<sup>43</sup> Memorias de un Taller realizado en el CEAVIM, en noviembre de 2009, por la institución Ciencia Social Alternativa, A.C. (Kóokay).

sólo sin asumir sus responsabilidades, sino por restar su participación a estos procesos de cambio.

A estas oportunidades me refiero. Ya no hablo sólo de la detención de la violencia, sino de multiplicar a los agentes que contribuyan a esto. La oportunidad de cambiar, de mejorar, pero también de generar más y mejores relaciones, con todos. Me parece que cuando conjuntamos oportunidad y compromiso, es que estas posibilidades, en donde vemos incluidos e incluidas a niños, niñas y adolescentes, es mucho más abarcativa.

Pero igualmente, quisiera resaltar un aspecto más de lo que implica trabajar con hombres. El cansancio. Físicamente, no creo que sea el trabajo más demandante, de ello estoy seguro. Pero las condiciones en las que generalmente (hasta donde he visto, compartido y experimentado) se da la atención a los grupos de hombres, sí resulta un tanto más demandante, por ser una atención nocturna. Si bien es muy probable que esto no cambie, o que al menos no se elimine (probablemente surjan grupos matutinos), considero fundamental, estar muy atentos a las condiciones de trabajo en las que laboran quienes facilitan estos procesos. Me refiero a horarios, instalaciones y salarios, así como prestaciones. Esto no es algo exclusivo de los hombres que trabajan con hombres. Pero aprovecho enfatizarlo ya que, en estos tiempos en los que los derechos laborales son parcialmente respetados, lo apunto y señalo como una característica fundamental de quienes atienden a personas en el tema de violencia. Es decir, al trabajar con personas que están pasando por estas situaciones, no sólo sería contradictorio tener políticas laborales que no respetaran (violentarán) sus derechos laborales, sino también, contraproducente, ya que corremos el riesgo de que, hombres y mujeres en atención en violencia, dejen sus puestos por mejores ofertas de trabajo, cuando en mucho de los casos, han sido ya

capacitados, sensibilizados y con mucha práctica, condiciones necesarias para facilitar estos procesos de trabajo con hombres que ejercen violencia.

En estos significados, está también el propio perfil de facilitación, es decir ¿quién y cómo tendría que ser un facilitador que trabaja con hombres que ejercen violencia? Al respecto, me queda enfatizar la importancia de contar con lineamientos, elementos de guía y algunas necesidades especificadas de lo que los/as facilitadores/as de grupos de hombres, deberían conocer y saber. Pero, además de esto, queda también la necesidad de flexibilidad, de creatividad... espacio para la subjetividad. Es decir, el trabajo con hombres necesita ser explorado y abordado más sin duda (Ramírez, 2005). Sin embargo, estoy convencido de que ser facilitador/a de un grupo de hombres, es una celebración entre lo profesional y lo personal; entre lineamientos y recomendaciones, y entre vivencias, reflexiones y la apertura a crecer y retroalimentarse como facilitador, como hombre, como persona. A la par de un perfil de facilitación, esta la apertura al trabajo con uno mismo, la cual dota de mayor oportunidad a este tipo de trabajo, por permitir a los facilitadores modelar, mostrar en la relación con los usuarios, formas más sanas, plenas y equitativas de vivir nuestra masculinidad.

El trabajo personal es una fuente de riqueza y aprendizaje invaluable, coincido al respecto, pero estas se multiplican y adquieren vida, cuando logran ser compartidas con los otros/as. Cuando pensaba y leía esos momentos en los que a veces, nuestras ideas y necesidades, pudieran “confundirse” con las de los usuarios, pienso en una especie de diario de campo del facilitador, a partir de cada encuentro y/o cada sesión grupal, y/o de los momentos en los que se necesite, esta aparente “segunda agenda”, la personal, la que tiene que ver conmigo como persona, como hermano, como hijo, como pareja, como hombre, puede ponerse al servicio del proceso. Creo que tendríamos que generar nuevas

investigaciones en este sentido y tema. Pero sin duda, estos registros, de lo que sucede con los usuarios, y de lo que sucede conmigo, son una forma segura y constante de desarrollar teoría desde la práctica (StGeorge y Wulf, Instituto Kanankil, 2009).

Continúo con el aspecto relacional de este trabajo. Pero este aspecto, no es en sí una propuesta mía exclusivamente, la propia teoría y perspectiva de género lo han planteado. Desde el innegable carácter relacional del género, se ha hecho necesario comprender el lugar de los hombres en los vínculos que perpetúan la desigualdad entre hombres y mujeres, al mismo tiempo, analizar la masculinidad en su contradictoria dimensión de mandato restrictivo y “pedagogía de la opresión”, señala Ana Amuchástegui (en Careaga y Cruz, 2006). No se trata en sí de un movimiento masculinista, pues esta idea sugeriría una especie de revanchismo o reacción frente al feminismo y la lucha de las mujeres. Equidad e igualdad no son lo mismo, plantea la autora. Hombres y mujeres viven la misma opresión, aunque en las relaciones intergenéricas, ha implicado una relación jerárquica de ellos sobre ellas, sin lugar a dudas. Además de esto, la autora pregunta de qué manera tendría que trabajarse sobre la opresión de género que viven los hombres si negar ni desconocer el poder que ejercen sobre las mujeres. Como he señalado en los capítulos anteriores, no pretendo deslindar las responsabilidades de quien hace uso de la violencia, en contra de otras personas. Pensando en esto, pienso en el trabajo de Diane Gehart y Gerald Monk (2003), cuando analizan las posturas narrativas o de “activismo sociopolítico”, como le llaman, y la colaborativa, o del “compañero conversacional”. Ambas, concluyen en su análisis, tienen elementos comunes al considerar los contextos sociales y relacionales de nuestros clientes, desde la visión socio construccionista. Sin embargo. Plantean ciertas diferencias al decir que quienes se consideran “activistas sociopolíticos”, están atentos y evitan, las

situaciones de opresión, manteniendo siempre una postura crítica. Y es esto lo que creo es fundamental cuando se trabaja con hombres, rescatando así esta necesidad de confrontar *la ideas* de los usuarios que pretenden mantener relaciones desiguales e injustas. Sin duda es importante y necesario. Pero al mismo tiempo, dialogando entre este “activismo sociopolítico”, estaría la postura colaborativa, la del “compañero/a conversacional”, desde la cual los discursos dominantes (aquellos que cuestionaría la postura narrativa) no son el centro de la conversación, sino un hilo, dentro de todo el diálogo *local*, es decir, ese que se está construyendo con el/la cliente (Gehart y Monk, 2003). Por tanto, la construcción de significados, podría ser entendida como una continua dialéctica entre la comprensión social (el cuestionamiento de los meta discursos), y la comprensión local, es decir, la experiencia de cada persona, pues estas comprensiones locales tienen siempre una interpretación propia, cambiante siempre como consecuencia de los grandes discursos. Es así que, considero valioso y *necesario* mantener una postura crítica frente a los discursos opresivos, dominantes, es decir, desde este “activismo”; pero al mismo tiempo, la disposición de dialogar y comprender con el otro/a, para así construir nuevos significados en colaboración... tal y como me parece se fue dando en la experiencia de los co-investigadores de este proceso.

De igual modo, se plantea estar pendientes del riesgo de no tender a cierto “moralismo”, desde el cual pareciera que este trabajo se trata de construir a un “nuevo hombre, un hombre ideal”, y además, todos de la misma manera; esta buena intención peca de un cierto fundamentalismo consistente en creer que existe una sola forma de transformar las relaciones de género, dejando por fuera la pluralidad y el papel que la autodeterminación, debería jugar en el proceso. Este hecho podría favorecer cierta competencia y/o vigilancia culpígena (p. 170, en Careaga y Cruz, 2006). Por lo tanto, el

reto, en este sentido relacional, coincido, está en: ¿cómo diseñar programas de reeducación que no pretendan homogeneizar la experiencia ni el proceso de cambios de sus participantes? ¿Es posible la transformación de las relaciones de género, sin la construcción de un nuevo moralismo?

Y desde esta invitación a pensar, me pregunto sobre el concepto de educación y por lo tanto de “reeducación”. Es decir, la intención de estos espacios y encuentros no es únicamente “reeducar” a los hombres, pues entonces partiríamos del hecho de que tenemos un modelo específico, homogeneizado desde el cual los (nos) estaríamos educando. Si pienso en educación, necesitaría pensar en una educación que libera, que construye, que genera posibilidades, no de una educación que homogeneiza.

En este caminar, algo que me parece importante rescatar y compartir, a quienes, de alguna u otra manera llegue esta experiencia, es saber que “no estoy solo” en este trabajo e intereses, nadie lo estamos; han sido muchos y variados los encuentros y experiencias compartidas donde se está trabajando en torno a las masculinidades, y pienso entonces que lo que necesito seguir haciendo es crear vínculos y crear relaciones. Pienso en las redes sociales, y creo que es importante que como hombre, haga más públicas estas ideas, que no puedo estarlas manteniendo en silencio y que mis propias ideas darán y generarán otras ideas en otros, lo cual a su vez, me permitirá tener retroalimentaciones y nuevas reflexiones al respecto; esto lo he aprendido en el camino, y probablemente no lo tuve claro desde el principio, en este sentido, retomo palabras de Daniel Ramírez, cuando concluye en su trabajo de tesis, que en el caso de los Programas de atención a hombres que ejercen violencia, específicamente en México, existe entre ellos cierto desconocimiento sobre el abordaje y resultados de los otros, por lo que cree que hace falta

una estrategia de acercamientos que diluya la competencia y permita un acercamiento entre instituciones (2005).

Creo que es desde estas profundas y transformadoras relaciones cotidianas que he podido compartir lo que aquí narro. La posibilidad de generar estos encuentros, no es exclusivo de la formación, del sexo, ni del conocimiento científico; es una postura y actitud ante la vida, que vale el esfuerzo enseñar y aprender aun más, desde el *nosotros*.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, H. (2009). *Postmodern/social construction Assumptions: Invitations for Collaborative Practices.*, recuperado en <http://www.harleneanderson.org/Pages/PostmodernCollaborativePractices.htm>, octubre de 2010.
- Anderson, H. (s/f). *Postmodern, Collaborative and Person Centered Therapies: what would Carl Rogers say?*, recuperado en <http://www.harleneanderson.org/Pages/rogers.htm>, octubre de 2010.
- Anderson, H. y Gehart, D. (2007). *Collaborative Therapy: relationships and conversations that make a difference.* USA: Routledge.
- Anderson, H. (2000). *Conversación, lenguaje y posibilidades: un enfoque posmoderno de la terapia.* Amorrortu Editores: México.
- Badinter, E. (1993). *XY La identidad masculina.* Madrid: Alianza Editorial.
- Berger, P y Luckmann, T, (1998). *Construcción social de la realidad.* Argentina: Amorrortu editores.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina.* Barcelona: Anagrama.
- Careaga, Gloria y Cruz, Salvador (Comp.) (2006). *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía.* PUEG-UNAM: México.
- Castañeda, M. (2002). *El machismo invisible.* México: Grijalbo / Hoja Casa Editorial.
- Ciencia Social Alternativa A.C., en <http://www.kookay.org/>

- Corsino, D., Gomensoro, A., Güida, C. y Lutz, E. (1998). *Ser varón en el Dos Mil. La crisis del modelo tradicional de masculinidad y sus repercusiones*. Montevideo: Ethos.
- DeKoven, M., Fishbane, P., en *Relational Narratives of the Self*, en Family process, Vol. 40, No. 3, 2001: FPI, Inc.
- Denborough, D., en entrevista a Tod Augusta-Scott. The International Journal of Narrative and Community Work. *Responding to violence*. 2006, No.4. Dulwich Centre Publications. Australia
- Efran, J.S.; Lukens, M.D. y Lukens, R.J. (1994). *Lenguaje, estructura y cambio, la estructuración del sentido en psicoterapia*, España, Gedisa.
- Epston, D. y White, M. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*, México, Paidós.
- España Aguilar, F. H. (2008). *Violencia Masculina en la Pareja: Elementos teóricos y técnicos para su abordaje psicoterapéutico*. Tesis de maestría sin publicar, Yucatán México: Universidad Anáhuac Mayab.
- Ferguson, H., Hearn, J., Gullvåg, O., Holter, Jalmert, L., Kimmel, M., Lang, J., Morrell, R., y de Vylder, S. (2005). *Poniendo fin a la violencia de género: un llamado a la acción global para involucrar a los hombres*. Edita Västra Aros.
- Friedman Seteve (comp.) (2001). *El nuevo lenguaje del cambio, la colaboración constructiva en psicoterapia*. Gedisa: Barcelona.
- Gaarder, J. (1996). *El mundo de Sofía: novela sobre la historia de la filosofía*. Siruela: España
- Garda, R. y Huerta, F. (coord.). (2007). *Estudios sobre la Violencia Masculina*. México: INDESOL.

Gehart, D. y Lyle, R., en *Client Experience of gender in therapeutic relationships: an interpretive ethnography*”, en *Family process*, Vol. 40, Invierno 2001

Gehart, D. y Monk, G., en *Sociopolitical Activist or Conversational Partner? Distinguishing the position of the therapist in narrative and collaborative therapies*. En *Family Process*, Vol. 42, No. 1, 2003.

Gergen, K. (1992). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.

Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. España: Paidós.

Gergen, K.J. y McNamee, S. (1996). *La terapia como construcción social*. España: Ediciones Paidós Ibérica S.A.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. España: Paidós

Goyri, J. y Moreno, S. (2009). Reporte Final al Ayuntamiento de Mérida, del Proyecto “*Aportaciones al trabajo que se realiza con hombres que ejercen violencia: una mirada desde las masculinidades*”. Disponible en <http://www.kookay.org/generoyderechos.html>

Goyri, J. y Moreno, S. (2008). “*Ideas y reflexiones del trabajo con hombres en atención a la Violencia Intrafamiliar en Mérida Yucatán*” (disponible en el portal del INMUJERES, <http://cedoc.inmujeres.gob.mx/ftpg/Yucatan/yuc04.pdf>)

Guadarrama, R. (1999). Tendencias recientes en el campo de las metodologías sociales. Pluralismo teórico, amalgama conceptual y fusión instrumental. *Iztapalapa*, número 47. pp. 85-104. México: UAM.

- Gutmann, M. (1994). *Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos*, Alteridades, año 4, número 7, pags, 9 a 19. En relación con las obras de Oscar Lewis como “Los hijos de Sánchez” (1961).
- Gutmann, M. (1997). *Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad*, recuperado el 6 de mayo de 2005, en:  
<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/laventan/Ventana8/ventana8-2.pdf>
- Hernández, R., Fernández-Collado, C. y Baptista, P. (2006) (4ª Ed.). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.
- Huerta, J. M. (2005). *Los grupos focales*, recuperado el 07 de febrero de 2009, en  
[http://academic.uprm.edu/jhuerta/htmlobj-94/grupo\\_focal.pdf](http://academic.uprm.edu/jhuerta/htmlobj-94/grupo_focal.pdf)
- Jay E., Lukens M. y Lukens, R. (1994). *Lenguaje, estructura y cambio. La estructuración del sentido en psicoterapia*. Gedisa: España.
- Kauffman, M. (1997). *Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*. Ediciones de las mujeres, número 24. pp.63-81.
- Kaufman, Michael. Artículo *Romper los lazos de la masculinidad y la violencia*. Disponible en [http://www.ahige.org/lista\\_arti.php](http://www.ahige.org/lista_arti.php)
- Kinman, Christopher, en <http://www.rhizomeway.com>.
- Lagarde, M. (1997). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Dirección General de Estudios de Posgrado y la Facultad de Filosofía y Letras.
- Ley General de Acceso a una Vida Libre de Violencia, publicada en el DOF el 1º de Febrero de 2007, con su última reforma del 20 de enero de 2009, recuperado en <http://www.cddhcu.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV.pdf>

- Ley general para la Protección de la Familia del estado de Yucatán. (1999). Recuperado el 23 de noviembre de 2008 en [http://www.merida.gob.mx/municipio/portal/norma/contenido/pdfs/Archivos/ley\\_protec\\_familia.pdf](http://www.merida.gob.mx/municipio/portal/norma/contenido/pdfs/Archivos/ley_protec_familia.pdf)
- Liendro, E., Cervantes, F. y Garda, R. (2002). *Manual del facilitador del primer nivel del Proyecto de Hombres Renunciando a Su Violencia [PHRSV]*. México: CORIAC, INMUJERES
- McNamee Sheila y Gergen Keneth (2002). *La terapia como construcción social*. Barcelona: Paidós
- Michael, (1995). *Reescribir la vida: entrevistas y ensayos*. España: Gedisa
- Montero, M. Un paradigma para la psicología social. Reflexiones desde el quehacer en América Latina, en *Construcción y crítica de la psicología social* (1994). Barcelona. Anthropos. Pags. 27 a 47.
- Moreno, S. y Vega, C. (2006) (no publicado). *Significados y experiencias de hombres yucatecos sobre violencia intrafamiliar*. Universidad Marista de Mérida. Yucatán, México. Tesis para obtener el grado de Licenciado en Psicología.
- Navarro, G. y Recart, I. (1998). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*, notas de la asignatura Psicología Educacional III, recuperado el 24 de enero de 2009, en <http://www.tc.umn.edu/~cana0021/2-4/INTRODUCCI%20N%20A%20LOS%20M%20C9TODOS%20CUALITATIVO%20DE%20INVESTIGACI%20N.pdf>
- Organización Panamericana de la Salud (2003). *Modelo de Leyes y Políticas sobre Violencia Intrafamiliar contra las Mujeres*, Washington, Autor.

- Ramírez, D. (2005). *Revisión de modelos de atención para hombres que ejercen violencia en el hogar*. UNAM: México, D. F.
- Ramírez, D. (2005). *Revisión de modelos de atención para hombres que ejercen violencia en el hogar*. UNAM: México, D. F.
- Ramírez, J.C. y Uribe, G. (coord.) (2008). *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés.
- Ramírez, M. (2002). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México: Instituto Jalisciense de las Mujeres, Plaza y Valdés.
- Rodríguez, J.L. (2010). *La interacción humana en el proceso terapéutico*. En Prometeo No. 57 “¿Quién ayuda a los que ayudan?”, año 2010. pp. 55 a 58.
- Secretaría de Educación Pública, *Diálogos interculturales*, Cuadernillo de trabajo, recuperado en [eib.sep.com.mx/files/cuadernillo\\_hnahnu\\_1.pdf](http://eib.sep.com.mx/files/cuadernillo_hnahnu_1.pdf)
- Sierra, F. (comp.) (1995). *Antología. Investigación cualitativa en ciencias sociales*. México: Universidad Anahuac.
- Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (2004). *Modelo Nacional de Referencia*. Procuraduría de la Defensa del Menor y la Familia, México: DIF
- Sotomayor, Z. y Román, R. (2007). *Masculinidad y Violencia Homicida*, México, Plaza y Valdés.
- Tofo-Alfonso, J. (2009) (Ed.). *Lo masculino en evidencia: investigaciones sobre la masculinidad*. Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas. Universidad de Puerto Rico. Recuperado en [http://www.mimdes.gob.pe/archivos\\_sites/daff/convencionfamilia/Investigacion\\_masculinidades\\_America\\_Latina.pdf](http://www.mimdes.gob.pe/archivos_sites/daff/convencionfamilia/Investigacion_masculinidades_America_Latina.pdf).

Vargas, M. (2009). *Propuesta de lineamientos para la atención y reeducación de hombres agresores, a partir del diagnóstico sobre los modelos de intervención en México*. México: INMUJERES.